

ta
a

TEMAS
ANTIIMPERIALISTAS



EL MUNDO ACTUAL

las superpotencias
y el tercer mundo

Editorial Agora

**EL MUNDO ACTUAL,
LAS SUPERPOTENCIAS
Y EL TERCER MUNDO**



TEMAS
ANTIIMPERIALISTAS



Editorial Agora

© 1984 by Ediciones Agora
Queda hecho el depósito
que marca la ley 11.723

IMPRESO Y EDITADO EN LA ARGENTINA

PRESENTACION

La situación política internacional nos muestra grandes conmociones e inestabilidad. Está en pleno curso la segunda gran crisis económica del siglo, aún más profunda y catastrófica que la de 1930. Las potencias imperialistas en general y las superpotencias en especial, libran una feroz lucha por mercados y fuentes de materias primas baratas, con el objeto de obtener grandes beneficios que les permitan descargar los efectos de la crisis sobre los países del tercer mundo. La crisis empalma con la inflación y la usura internacionales, por lo que acarrea mayores sufrimientos a las grandes masas explotadas y oprimidas. Se acrecientan las posibilidades de una nueva guerra mundial como salida a esta crisis y se mantienen focos de guerras locales y parciales.

La disputa de las dos superpotencias por el control del mundo tiene su centro de gravedad en Europa Occidental, objetivo central de la política expansionista de la URSS, por ser la economía europeo-occidental

clave para lograr la hegemonía a nivel mundial. Evitando hasta el momento un choque directo, la URSS mantiene una fuerte presión militar sobre Europa y trabaja para neutralizar y dividir —enfrentando entre sí— a los países de Europa Occidental. En tanto maniobra en Medio Oriente y el Norte de África y busca desembocar en el Golfo Pérsico y el Océano Indico, para cercar a Europa y controlar sus rutas de abastecimiento, comercio y comunicación. De ahí su férreo control sobre Polonia, su intervención a través de Cuba en Angola y Etiopía, su ocupación a sangre y fuego de Afganistán y su labor de intriga y desestabilización contra la Revolución Iraní. La URSS se esfuerza por concretar su dispositivo estratégico mundial. Tras ese objetivo trata de entrelazar sus posiciones en el Atlántico y el Pacífico.

Por otra parte, enfrentando a la URSS los EE.UU. hacen todo lo posible para defender sus posiciones y sus intereses hegemónicos. Para esto pisotean y avasallan la soberanía de otros países, sosteniendo al sionismo israelí en Medio Oriente; apoyan a Inglaterra en su ocupación colonialista de las Malvinas; están atrás y defienden a sangrientas dictaduras fascistas en Centroamérica; dan todo su apoyo a los racistas sudafricanos y a los gobiernos títeres de Corea del Sur y Taiwán. E incluso intervienen directamente con la fuerza armada, como en Granada.

Empeñadas en la lucha por la hegemonía mundial los EE.UU. y la URSS llevarán algún día al mundo a la guerra. Ambas están trabadas en una frenética carrera

armamentista con el fin de obtener, o mantener, superioridad militar y completar sus dispositivos de guerra en todo el mundo.

Nuestro país, ubicado en una posición clave para el control del paso entre el Atlántico y el Pacífico en la hipótesis de una guerra que inutilizara el Canal de Panamá, es objeto de una encarnizada disputa interimperialista, principal mente por parte de las dos superpotencias. Los EE.UU. han tenido dificultades crónicas para encontrar una apoyatura interna estable en la Argentina. Al emerger la URSS como superpotencia expansionista en los últimos años su apetito se incentiva ante los abundantes recursos en cereales, carne, pesca, lanas, cueros, etc. que le estamos brindando, con la complaciente docilidad del grueso de nuestra oligarquía terrateniente, que ha visto hecha jirones su antigua asociación con Inglaterra y busca un nuevo poder imperial que le garantice el disfrute de su “sacrosanta” renta y propiedad terrateniente. Esta es la explicación real del apoyo de la URSS a la dictadura, en particular a los turnos de Videla, Viola y Bignone.

Fue la rivalidad ruso-yanqui por el control del Atlántico Sur una de las causas del golpe de 1976, en el que ambas coincidieron en eliminar a un gobierno tercermundista que interfería en su disputa. Esta disputa tenderá a agudizarse en el futuro y nuestro país no podrá sustraerse a sus consecuencias.

Frente a esta situación crece la tendencia a la unidad antihegemonista de los pueblos, naciones y países del

Tercer Mundo. El fortalecimiento de los Países No Alineados y del llamado Grupo de los 77 es una expresión de ello. En este gran torrente histórico debe insertarse activamente nuestra patria, abandonando toda ilusoria y desmovilizadora idea de neutralidad.

Las luchas de liberación nacional y los movimientos revolucionarios se producen sin cesar en todo el mundo.

En toda América Latina crece el movimiento revolucionario, antiimperialista y democrático. Este ha entrado, continentalmente, en otro período de ascenso. Una de las características más notables es el rol destacado que juega en ese movimiento, en muchos países, la clase obrera. También se fortalece una tendencia tercermundista, tanto en Centroamérica y el Caribe como en América del Sur.

Es cierto que las superpotencias tratan de instrumentar estas luchas. Pero ni es obra de la CIA la lucha heroica de diez millones de obreros polacos, de millones de campesinos de ese país o del pueblo de Afganistán; ni es obra de la KGB la lucha infatigable y gloriosa de los pueblos salvadoreño o guatemalteco contra las oligarquías pro-yanquis de esos países.

Una cuestión clave a responder es si es posible evitar la guerra. En la situación actual no existen elementos para afirmar esta posibilidad. Si bien la lucha revolucionaria tiene centros de tormenta notables, crecen más aceleradamente los factores de guerra. Especialmente no se vislumbran a corto plazo cambios revolucionarios en los países imperialistas que llevan al

al mundo a la guerra: los EE.UU. y la URSS. El desarrollo de los últimos acontecimientos están demostrando que ésta es la cruda realidad. Con la instalación de los misiles SS20 (misiles móviles de alcance medio que colocan a Europa Occidental bajo una masiva y precisa amenaza atómica), con la modernización y reforzamiento de las fuerzas convencionales del Pacto de Varsovia y con la respuesta yanqui-europea al decidir instalar modernos misiles de blancos múltiples y alcance medio en Europa, se han acelerado aún más los factores de guerra y se ha generado una situación muy tensa para los próximos años.

El desarrollo de la guerra en el Líbano, con la intervención día a día más activa de las superpotencias; el recientemente aprobado presupuesto de guerra norteamericano y la actitud de enfrentamiento a los avances rusos por parte de la administración Reagan, el retiro de la URSS de las negociaciones de desarme de Ginebra y su decisión de emplazar nuevas armas atómicas en Europa y en mares y océanos, señalan una agudización de estas tendencias a la guerra.

Sin embargo es posible aplazar el estallido de una nueva guerra mundial y poder encontrarnos así en mejores condiciones para continuar el combate por la liberación nacional y social. Para ello es necesario forjar una sólida unidad de la clase obrera mundial y los pueblos del Tercer Mundo, como base de un poderoso Frente Antihegemonista que desenmascare, enfrente y

derrote las provocaciones de guerra y el expansionismo de las dos superpotencias. Este frente único mundial debe aplicar sus golpes más fuertes en este período al socialimperialismo soviético, que es el imperialismo más agresivo, se encuentra a la ofensiva a escala mundial y es el principal factor de guerra en el mundo actual, aunque en determinadas zonas y en ciertos momentos no sea así.

En los últimos cuarenta años, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, han ocurrido importantísimos cambios en la situación internacional. Se han producido modificaciones en la ubicación relativa de los países, como resultado del desarrollo desigual de los mismos. Y todo el sistema capitalista ha entrado en un período prolongado de estancamiento —y actualmente caída— de la producción, de gran inestabilidad y de frecuente crisis. A mediados de la década del setenta la economía capitalista —incluida la economía capitalista de Estado de la URSS y sus países dependientes— entró en una crisis generalizada.

El desarrollo relativamente sostenido del mundo capitalista desde 1945 hasta 1973, tuvo su base en las grandes posibilidades de inversión que produjo la reconstrucción de postguerra, con la gran demanda diferida de equipos y bienes de consumo dejada por el período de crisis de 1929 a 1939 y por los años de guerra. Este desarrollo tuvo como impulsor principal a

las poderosas fuerzas productivas norteamericanas y al sistema de producción, comercial y financiero creado y dirigido por el capital monopolista-imperialista yanqui. Con la crisis general del capitalismo posterior a 1917 como trasfondo, con el crecimiento del movimiento obrero en todo el mundo capitalista, con la recuperación económica de Europa y de Japón en la década del sesenta, con la quiebra del sistema colonial que condicionó al imperialismo la disposición de las fuentes de materias primas y las posibilidades de dictar los precios, con las derrotas del imperialismo yanqui en Corea y el Sudeste asiático y la agudización de su disputa con la URSS, con el debilitamiento relativo del dólar, el sistema regido por los EE.UU. comenzó a desmoronarse. Las corporaciones transnacionales yanquis se debilitaron, relativamente, y los mecanismos comercial (GATT) y financiero (regido por el Fondo Monetario Internacional) creados a fin de la Segunda Guerra Mundial, entraron en pronunciada crisis.

En la Unión Soviética, pese a la mayor centralización de su economía y a que ha recreado un verdadero imperio colonial en Europa y Asia, con tentáculos que ya se extienden a África y América, también se advierte en los últimos años un estancamiento global de la producción y dificultades comerciales y financieras que la militarización de la economía no hacen más que agravar, aunque transitoriamente postergue su manifestación catastrófica. Los elevadísimos gastos militares de la URSS — mayores que los de los EE.UU. pese a la

menor potencia económica general de la URSS— actúan como un pesado lastre sobre el conjunto del sistema imperialista soviético.

Globalmente la crisis del sistema capitalista mundial tiene sus raíces en el gigantesco proceso de monopolización de postguerra (en los EE.UU. la mitad de la actividad de negocios corresponde a no más de cien monopolios gigantes), que aceleró la concentración en grandes corporaciones capitalistas que integran grandes bancos, poderosos monopolios industriales y grandes complejos agro-industriales. Proceso que aparejó la superacumulación de capital. El capital básico creció a un ritmo tan rápido, y produjo tales cambios en la composición orgánica del capital, que éste ya no encuentra vías seguras para su rentabilidad. Se ha puesto de manifiesto, en forma abrupta, la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia que formulara Marx en el siglo pasado y que los economistas burgueses, apologistas del sistema, habían considerado “superada”. A partir de que esta ley comenzó a ponerse de manifiesto, como ya había ocurrido durante la crisis de los años treinta, se acrecentó la intervención estatal para asegurar elevadas tasas de ganancias a los grupos monopolistas. Lo que llevó a un resurgimiento del proteccionismo entre los propios países imperialistas y a gran desdesequilibrios monetarios y financieros. El capitalismo monopolista de Estado resultó incapaz para regular el proceso. Al caer, objetivamente, la tasa media de ganancia, el manipuleo estatal para mantener elevados los beneficios de los mo-

nopolios se ha traducido en inflación sin haberse conseguido salir del estancamiento. Se ha entrelazado así la crisis de superproducción típica del capitalismo con la inflación. En 1980, en los 9 países de la Comunidad Económica Europea, había siete millones de parados y un índice inflacionario de casi un diez por ciento, cifras cercanas a las de los Estados Unidos.

Las potencias imperialistas, y especialmente las dos superpotencias, aunque cada vez con mayores dificultades por la resistencia de los países del Tercer Mundo, logran ir descargando las consecuencias de la crisis sobre los países coloniales, dependientes y subdesarrollados, lo que se expresa en el extraordinario endeuda miento externo de éstos, como vemos en Latinoamérica y en países como Polonia.

La crisis afecta por igual a los países dominados por el imperialismo yanqui (sistema en donde aparecen centros alternativos como Europa y Japón, centros sin capacidad, sin embargo, para reemplazar el papel hegemónico de los Estados Unidos) y a los países dominados por el social-imperialismo soviético. En ambos sistemas imperialistas ya no existen bases objetivas para el reformismo económico y político del movimiento obrero, por lo que éste ha entrado en una nueva fase de su desarrollo. Y los países y naciones oprimidos ofrecen creciente resistencia a la explotación y al saqueo imperialistas. Lo que, a su vez, agudiza las contradicciones intermonopolistas e interimperialistas. Las propias dificultades económicas impulsan a las po-

tencias imperialistas y a las superpotencias a ser más expansionistas y más agresivas. Países como Alemania y Japón, derrotados en la Segunda Guerra Mundial, que son gigantes económicos y enanos políticos por su debilidad militar, aceleran la transformación de su economía para superar esta debilidad.

El avance del Japón; el crecimiento económico de Europa Occidental durante la década del sesenta, tanto en relación a los EE.UU. como en relación a la URSS; la emergencia de la República Popular China en Asia como nación autónoma; el deterioro del dominio social-imperialista ruso sobre Europa Oriental; y el estancamiento en que se debate su economía, especialmente en el sector agrícola y de la industria civil, acentúan, en aquel mareo, el carácter agresivo de la URSS.

La crisis que sacude a la economía del mundo capitalista y en especial a ambas superpotencias imperialistas refuerza su tendencia a recurrir a medios militares para dirimir su disputa y ampliar, o preservar, sus esferas de influencia.

El trabajo que presentamos a continuación expone la llamada Teoría de los Tres Mundos, denominación bajo la cual es conocido el desarrollo teórico elaborado por Mao Tsetung y hecho suyo por el Partido Comunista de China, sobre la situación internacional. Esta teoría fue formulada por Mao Tsetung en 1974, sobre la base de la

observación del proceso de la situación mundial y sus tendencias. El curso posterior de los acontecimientos no ha hecho más que confirmar lo ajustado de la misma.

El texto ha sido elaborado en 1977 —algo más de un año luego de la muerte de Mao— por la redacción de “Renmin Ribao”, principal revista teórica de China. Pese al tiempo transcurrido mantiene plenamente su actualidad y tiene la virtud de haber sido confrontado con el posterior devenir de los acontecimientos mundiales, por lo que el lector lo puede analizar a la luz de los hechos de los últimos años. Por otra parte —debido a la sistemática represión de la dictadura instaurada en 1976— es un texto muy poco conocido en el país, de ahí que se impone su divulgación.

Mao Tsetung dirigió al pueblo chino a la conquista de la victoria de la revolución contra el imperialismo, el feudalismo y el capitalismo burocrático y al establecimiento de la República Popular China. Bajo su dirección el pueblo chino conquistó el poder, implantó la dictadura del proletariado y pasó a la revolución socialista una vez obtenida la victoria de la revolución de nueva democracia. Impulsó el desarrollo del socialismo y encabezó la Revolución Cultural Proletaria en la lucha contra la restauración capitalista, mediante la continuación de la revolución bajo la dictadura del proletariado.

Defendió y desarrolló la teoría marxista-leninista y su aporte es un valioso patrimonio no sólo del pueblo chino, sino del proletariado internacional y los pueblos

del mundo entero. Fue el más grande marxista de nuestro tiempo. Conocer su obra es imprescindible para avanzar creadoramente en la lucha revolucionaria de nuestro pueblo.

Sobre la base de esta rica experiencia y de la restauración capitalista en la URSS, Mao inició la gran lucha contra el revisionismo moderno, contra la política de agresión imperialista y socialimperialista y contra el hegemonismo de las superpotencias. Su teoría de los tres mundos es una contribución invaluable para la comprensión de la realidad del mundo actual y un arma imprescindible para los pueblos y naciones en la lucha por la independencia y la liberación nacional y social.

El presente texto ha sido reordenado, pasando el Capítulo I del original a ser el Capítulo IV de esta edición.

LOS EDITORES

Noviembre 1983

CAPITULO I

LAS DOS POTENCIAS HEGEMONICAS, LA UNION SOVIETICA Y EE.UU., SON LOS ENEMIGOS COMUNES DE TODOS LOS PUEBLOS DEL MUNDO; LA UNION SOVIETICA ES LA MAS PELIGROSA FUENTE DE UNA GUERRA MUNDIAL.

La aparición de las dos superpotencias es un nuevo fenómeno en la historia del desarrollo del imperialismo. El desarrollo desigual del imperialismo conduce inevitablemente a una serie de conflictos y guerras, como consecuencia de los cuales se agrava necesariamente el propio desarrollo desigual. Esto ha traído a la existencia las superpotencias imperialistas de hoy, que se hallan por encima de los países imperialistas en general. Lenin señaló: *“El imperialismo es la opresión creciente de las naciones del mundo por un puñado de grandes potencias, es la época de las guerras entre estas grandes potencias por la ampliación y el reforzamiento de la opresión de las naciones”* ¹. Hoy, ese puñado de grandes potencias imperialistas se

ha reducido a dos superpotencias —la Unión Soviética y EE.UU.—, las únicas que están en condiciones de disputarse la hegemonía mundial, mientras que las demás, sin excepción, han quedado relegadas a la posición de países de segundo o tercer orden. Cada una de las superpotencias se caracteriza por lo siguiente: cuenta con un régimen estatal controlado por un capi tal monopolista extraordinariamente concentra do, se apoya en una fuerza económica y militar mucho más poderosa que la de otros países para realizar a escala mundial la explotación económica, la opresión política y el control militar, busca establecer para sí sola la hegemonía en el mundo entero y a este efecto prepara frenéticamente el desencadenamiento de una nueva guerra mundial.

En la historia del desarrollo del imperialismo hubo un pequeño número de potencias que pretendieron la hegemonía mundial. Pero de ninguna manera podrían colocarse en el mismo plano que la Unión Soviética y los Estados Unidos de hoy. La contienda soviético-norte americana por la hegemonía es un producto peculiar del desarrollo histórico posterior a la Segunda Guerra Mundial.

La concentración del capital monopolista norteamericano y su expansión en el exterior han llegado a un nivel sorprendente en el período de la postguerra. Tomando como ejemplo recientes datos estadísticos, vemos que, en el año 1976, doce supercorporaciones industria. les, que efectuaron sus ventas por un valor superior a los 10.000 millones de

dólares cada una, ocuparon el 27 por ciento del monto total del capital y el 29 por ciento del volumen de ventas de las 500 mayores corporaciones industriales del país, y diez superbancos comerciales ocuparon el 61 por ciento del volumen total del capital, así como de los depósitos, entre los cincuenta bancos comerciales más grandes de todo el país ². Luego de haber alcanzado el capital norteamericano un alto grado de concentración en la postguerra, la exportación de capitales de ese país aumentó vertiginosamente en los últimos veintitantos años. Las inversiones directas privadas de EE.UU. en el extranjero saltó de los 11.800 millones de dólares registrados hasta 1950 a los 137.200 millones de dólares registrados hasta 1976 ³. Esta rápida y alta concentración del capital monopolista constituye la base económica de EE.UU. como superpotencia imperialista. Aprovechando su supremacía económica y militar adquirida en la guerra y su monopolio del arma atómica y de una serie de ultramodernos conocimientos científicos y técnicos militares y valiéndose de su establecimiento de un sistema monetario mundial con el dólar norteamericano como núcleo y de los diversos bloques militares bajo su control exclusivo que abarcan a América del Norte, América Latina, Europa, Asia y Oceanía, el imperialismo norteamericano adquirió una posición hegemónica sin precedentes en el mundo capitalista y, de este modo, puso a su merced a los demás países capitalistas. Auto proclamándose por largo tiempo gendarme del mundo, EE.UU. perpetró gran

cantidad de crímenes sangrientos contra los pueblos revolucionarios, incluido el propio pueblo norteamericano, y contra las naciones oprimidas del orbe entero. Sin embargo, este imperialismo estadounidense, enemigo común de todos los pueblos, que actuó a su antojo durante un tiempo, sufrió golpes demoledores precisamente en sus guerras de agresión contra aquellos pueblos asiáticos a los que consideraba que podía vencer con facilidad. El heroico pueblo coreano fue el primero en deshacer el mito de la invencibilidad de EE.UU. Las guerras de los pueblos de Viet Nam, Kampuchea y Lao contra la agresión norteamericana y por la salvación nacional llevaron al imperialismo estadounidense a una crisis militar, política y económica y lo precipitaron en una abrupta caída. Mientras tanto, los países de Europa Occidental, Japón y otros habían restablecido y desarrollado, de manera gradual, su propia fuerza económica, intensificando su competencia con EE.UU. El imperialismo norteamericano se ha visto obligado a reconocer que ya no puede, como en el pasado, actuar a su libre albedrío en el mundo, pero sigue siendo el país más poderoso del mundo capitalista y hace todos los esfuerzos por mantener su hegemonía.

Justamente cuando EE.UU. estaba sumergido en la guerra y veía declinar su poderío, el socialimperialismo soviético logró ponerse a la par. La renegada camarilla de Jruschov-Breznev usurpó los frutos de la construcción socialista obtenidos por el pueblo soviético durante más de treinta años, y convirtió, paso a paso,

una potencia socialista en imperialista. La transformación de la Unión Soviética socialista en una Unión Soviética capitalista mediante la evolución pacífica había sido un anhelo largamente acariciado por los imperialistas. Pero, como consecuencia de la ley que rige el desarrollo desigual de los países imperialistas y su disputa por la hegemonía mundial, esta evolución dio por resultado la aparición de un feroz rival fuera de su control. Como es sabido de todos, esa camarilla ha convertido una economía socialista altamente concentrada en una economía capitalista monopolista de Estado igualmente concentrada, con un grado de concentración inasequible para EE.UU. Sacando ventaja de los diez años de atascamiento de EE.UU. en sus guerras de agresión contra Viet Nam, Kampuchea y Lao, la Unión Soviética redobló sus energías para desarrollar su propia fuerza, disminuyó la brecha que la separaba de EE.UU. en el terreno económico y expandió a más y mejor su poderío militar, alcanzándolo así en cuanto a los armamentos nucleares y dejándolo atrás en el plano de los convencionales. En la medida que incrementa su fuerza militar y económica, el socialimperialismo soviético efectúa cada vez más desenfrenadamente su expansión e infiltración en todas las partes del mundo y ostenta su fuerza militar dondequiera que sea, en la tierra, en los mares y en el espacio aéreo, entrando en una enconada disputa con EE.UU. a escala global; de esta manera, ha revelado sus ambiciones de agresión que no tienen parangón en la historia mundial.

Lenin dijo que, al distribuirse el mundo, los imperialistas “*se lo reparten ‘según el capital’, ‘según la fuerza’*” ⁴. Las dos superpotencias —la Unión Soviética y EE.UU.— procuran cada una la hegemonía mundial apoyándose precisamente en su fuerza económica y militar, que es muy superior a la de los demás países. En 1976, el producto nacional bruto de EE.UU. fue de más de 1.690.000 millones de dólares, y el de la Unión Soviética, de más de 930.000 millones ⁵. Estas dos cifras, sumadas, representaron aproximadamente el 40 por ciento del PNB del mundo entero. El valor de la producción industrial tanto de EE.UU. como de la Unión Soviética ha sobrepasado el del conjunto de los tres principales países capitalistas de Europa: Alemania Occidental, Francia e Inglaterra. Por lo que hace a la fuerza militar, la de cualquier otro país imperialista tiene aún menos punto de comparación con la soviética o la norteamericana. Cada uno de los dos —la Unión Soviética y EE.UU.— dispone de miles de armas nucleares estratégicas, ha lanzado centenares de satélites militares y cuenta con más de diez mil aviones militares, centenares de buques de guerra principales y gran cantidad de otros equipos convencionales. Sus respectivos gastos militares superan en mucho la suma total de los de Europa Occidental, Japón y Canadá. El aparato de guerra que cada una de las dos superpotencias posee en tiempos de paz ha alcanzado una magnitud nunca vista en la historia de la humanidad.

La camarilla de renegados revisionistas soviéticos

trata por todos los medios de hacer creer que la Unión Soviética es una gran potencia y no una superpotencia imperialista. ¿Pero merece seria consideración tal aserto? ¿Acaso la Unión Soviética no ha perpetrado el saqueo económico, el control político y la expansión militar imperialistas del mismo modo que EE.UU.?

EE.UU. efectúa su explotación de otros países principalmente mediante la exportación de capitales en forma de inversiones en el exterior. Según estadísticas oficiales norteamericanas, en 1976 las utilidades derivadas de las inversiones directas privadas de EE.UU. en el extranjero, incluyendo los derechos de patentes, ascendieron a 22.400 millones de dólares, con una tasa de utilidades superior al 16 por ciento⁶. Este es un sangriento registro de la explotación de los pueblos del mundo por parte del capital monopolista estadounidense. Si bien el volumen total de ganancias que la Unión Soviética obtiene de su saqueo en el extranjero todavía no llega al nivel norteamericano, los métodos que utiliza para el pillaje no están, en modo alguno, por debajo de los de EE.UU. La Unión Soviética aprovecha principalmente la “ayuda económica” y la “ayuda militar” para comprar barato y vender caro a los países “beneficiarios” del tercer mundo, extrayendo así fabulosas ganancias. Por ejemplo, los precios de las mercancías vendidas por la Unión Soviética a la India a título de “ayuda” son, en ocasiones, un 20-30 por ciento e incluso un 200 por ciento superiores a los del mercado internacional, mien-

tras que los precios de las mercancías que la Unión Soviética compra a la India son, a veces, un 20-30 por ciento inferiores a los del mismo mercado ⁷. Datos del *Compendio estadístico del comercio exterior de la URSS* muestran que el precio del gas natural que la Unión Soviética importa de países asiáticos es inferior en cerca de un 50 por ciento al precio- por el cual ella vende este mismo producto a Occidente, y demuestran que los precios de la antracita, el hierro colado y otros artículos exportados por la Unión Soviética a Egipto son superiores en un 80-150 por ciento a los de las mismas mercancías ex portadas a Alemania Federal ⁸. Según informaciones de la prensa occidental, durante la guerra árabe-israelí de octubre de 1973 “Rusia no sólo exigió dinero contante y sonante como pago de las armas vendidas por ella, sino que elevó los precios de las mismas en los momentos más encarnizados del combate” ⁹. Cuando algunos de los más importantes países árabes exportadores de petróleo le pagaron esta suma en dólares norteamericanos, la Unión Soviética la colocó como empréstito en el mercado europeo a intereses del 10 o más por ciento ¹⁰.

EE UU. controla la economía y la política de muchos países por intermedio de las empresas transnacionales y otros instrumentos de agresión. La Unión Soviética, a su vez, realiza ahora semejantes actividades principalmente en la llamada “comunidad socialista”. Bajo los rótulos de “división internacional del trabajo”, “coordinación de planes”, “integración

multilateral”, “integración estructural”, etc., ha tomado bajo su control las arterias económicas de cierto número de países, los saquea y controla sin escrúpulos en lo que se refiere a materias primas, mercado, precios para el comercio exterior, planes de producción, fondos para la construcción básica e incluso mano de obra para la misma, y se afana por colocar en la órbita soviética tanto su economía como su soberanía “limitada”, o, en otros términos, por establecer un “sistema de propiedad socialista internacional” de la “comunidad” ¹¹.

Con el propósito de sacar enormes ganancias y controlar otros países, EE.UU. se entrega al tráfico de armas a escala mundial. Entre 1966 y 1976 exportó armas por valor de 34.900 millones de dólares. Con igual finalidad que EE.UU., la Unión Soviética vendió en el mismo período 20.200 millones de dólares en armas ¹². De acuerdo con estadísticas de la Agencia de Control de Armamentos y Desarme de EE.UU., las armas exportadas por la Unión Soviética en 1974 se remontaron a 5.500 millones de dólares, cifra que representa el 37,5 por ciento del valor total de las armas exportadas ese año en el mundo. Así, la Unión Soviética ha llegado a ser el mayor traficante de armas después de EE.UU. Utiliza, además, la suspensión del suministro de piezas y repuestos de armas, el apremio al pago de deudas y otros medios para controlar en todo lo posible a los países compradores de sus armas.

A fin de remover los obstáculos para su consecución de la hegemonía, EE.UU. ha subvertido gobiernos legal-

mente establecidos en una serie de países latinoamericanos, asiáticos y africanos. La Unión Soviética ha realizado maniobras semejantes en algunos países africanos y de Europa Oriental.

EE.UU. tiene acantonados aproximadamente 400.000 efectivos militares en otros países. Por su parte, la Unión Soviética mantiene unos 700.000 soldados en el extranjero, e incluso ha colocado por completo a Checoslovaquia —país soberano universalmente reconocido— bajo su ocupación militar prolongada (indefinida de hecho).

Mediante la conclusión de tratados militares, EE.UU. ha convertido territorios de muchos países en bases militares suyas. A su vez, la Unión Soviética ha tomado a su disposición bases o instalaciones militares en Europa Oriental, Mongolia y Cuba, del mismo modo que en África, el Mediterráneo y el Índico; además pretende, contra toda razón, perpetuar su ocupación de territorios y aguas jurisdiccionales de la parte septentrional del Japón, e incluso trata de apoderarse del archipiélago Spitzberg, perteneciente a Noruega. En los círculos diplomáticos occidentales hay un dicho satírico que reza: “Lo mío es mío, y en cuanto a lo tuyo, hay que determinar su pertenencia a través de negociaciones”. En el caso de la Unión Soviética, ésta no siempre considera indispensable entrar en engorrosas negociaciones para determinar “si lo tuyo es mío”.

EE.UU. tramó una invasión de mercenarios contra Cuba y, con ello, se desprestigió todavía más en todas

más en todas partes. La Unión Soviética mandó mercenarios a perpetrar una intervención armada en Angola y una invasión a Zaire, y sigue expandiendo el radio de su agresión.

En resumen, la Unión Soviética y EE.UU. son igualmente superpotencias imperialistas, los mayores explotadores y opresores internacionales, las mayores fuerzas de agresión y de guerra y los enemigos comunes de todos los pueblos del mundo. Lenin dijo: *“Un proletariado que acepte que ‘su’ nación ejerza la menor violencia sobre otras naciones, no es socialista”* ¹³. Hace tiempo que no huele en lo más mínimo a proletariado socialista la actuación de la Unión Soviética en los asuntos internacionales, sino que es total y típicamente imperialista y hegemónica. Además, de las dos superpotencias, la Unión Soviética es el imperialismo más feroz, más aventurero y más taimado y la más peligrosa fuente de una guerra mundial.

¿Por qué afirmamos esto? ¿Será por el hecho de que la Unión Soviética, violando tratados concluidos, ocupa territorios de China en sus zonas fronterizas del noreste y del noroeste y amenaza la seguridad de nuestro país? No, ésta no es la razón. EE.UU. sigue ocupando Taiwán, territorio chino, y amenaza de igual modo su seguridad. No hay duda de que los pueblos de cada región específica pueden determinar, a la luz de las circunstancias en que se hallen, cuál de las dos superpotencias o qué país imperialista constituye la amenaza más directa para ellos. Pero, a lo que aquí nos referimos no es al problema particular de tal o cual regi-

ón específica, sino al problema general de la situación mundial en su conjunto. El que la Unión Soviética sea la más peligrosa de las dos superpotencias en el plano mundial no ha sido decidido por ninguna causa eventual, pasajera o parcial, sino por el conjunto de las condiciones históricas en virtud de las cuales la Unión Soviética ha pasado a ser una superpotencia imperialista.

Primero. El socialimperialismo soviético es una potencia imperialista surgida más tarde que EE.UU. y, por tanto, tiene un carácter agresivo y aventurero aún más pronunciado. Lenin señaló hace mucho que los países imperialistas surgidos más tarde exigen un nuevo reparto del mundo y que, dado que *“han llegado a la mesa del festín capitalista cuando ya todos los sitios estaban ocupados ”*, se vuelven necesariamente *“aún más rapaces, aún más feroces”* ¹⁴. *“Sin un nuevo reparto de las colonias por la fuerza, los nuevos países imperialistas no podrán obtener los privilegios de que disfrutaban las potencias imperialistas más viejas (y **menos fuertes**)”* ¹⁵. Hoy, al pretender la hegemonía mundial, el socialimperialismo soviético no puede por menos de arrebatar posiciones a EE.UU., tal como otrora la Alemania de Guillermo II, la Alemania hitleriana luego y los EE.UU. de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial tuvieron que arrebatar posiciones a Inglaterra y a otros países imperialistas de viejo cuño. Esta es una ley histórica independiente de la voluntad del hombre. Fue por eso que, en una plática

sostenida en febrero de 1976, el Presidente Mao señaló: *“Los EE. UU. tienen intereses que proteger en el mundo, mientras que la Unión Soviética quiere la expansión: esto es inalterable”*. No hay duda de que el imperialismo norteamericano sigue procurando la hegemonía mundial; sin embargo, en vista de que ha dispersado demasiado su fuerza y de que actualmente tiene que empeñarse en conservar sus intereses creados, está obligado a colocarse a la defensiva en su estrategia global. En cambio, Brezhnev, ostentando el rótulo de “paz”, tuvo el descaro de declarar: “Gracias al fortalecimiento de su fuerza económica y defensiva, la Unión Soviética ya puede desplegar victoriosa mente y con dinamismo una ofensiva en el escenario internacional” ¹⁶. “Al elaborar nuestra política exterior, quizá no haya en el globo ni un solo rincón que no tomemos en consideración en una u otra forma” ¹⁷. Esto quiere decir, de hecho, que la Unión Soviética ha decidido adoptar una estrategia ofensiva para violar la soberanía de todos los demás países y para debilitar y desplazar la influencia de EE.UU. en las diversas regiones del orbe, a fin de establecer su posición hegemónica en el mundo entero.

Segundo. A causa de la relativa insuficiencia de su fuerza económica, el socialimperialismo soviético tiene que valerse principalmente de la fuerza militar y la amenaza bélica para llevar a cabo su expansión. Es cierto que en poderío económico la Unión Soviética ha

sobrepasado en gran medida a los países imperialistas de segundo orden, pero aún se muestra débil frente a su poderoso rival e inferior a las exigencias que supone realizar su pretensión de supremacía mundial. Es así como se dedica frenéticamente a la expansión armamentista y a los preparativos bélicos, con miras a conquistar una superioridad militar para saquear los recursos naturales, las riquezas y la mano de obra de otros países y para compensar su propia inferioridad económica. Este es el viejo camino recorrido en el pasado por la Rusia zarista y los fascistas alemanes, italianos y japoneses. Actualmente, los efectivos militares de la Unión Soviética son el doble de los de EE.UU.; sus vehículos portadores de armas nucleares estratégicas exceden en más de 400 a los que éste posee¹⁸; sus tanques, carros blindados, piezas de artillería y otras armas convencionales sobrepasan en mucho los de su rival. La Unión Soviética tiene una “armada ofensiva”, cuyo tonelaje total está casi a la par del de EE.UU. Según estima Occidente, los gastos militares de la Unión Soviética han registrado en los últimos años una tasa de incremento anual de 4 ó 5 por ciento como promedio, con lo que han llegado a representar de un 12 a un 15 por ciento de su PNB (los de EE.UU. representan cerca del 6 por ciento de su PNB). Los gastos militares soviéticos de 1976 fueron de 127.000 millones de dólares aproximadamente, o sea, cerca de un 24 por ciento superiores a los norteamericanos, que fueron de 102.700 millones de dólares¹⁹. Todo esto demuestra que, en su disputa con

los EE.UU. por la hegemonía mundial, la Unión Soviética no sólo adopta, en forma inevitable, una estrategia ofensiva, sino que también tiene que recurrir forzosamente, como medio principal, a la fuerza armada y a la amenaza con ella.

Tercero. El grupo monopolista burocrático de la Unión Soviética ha convertido una economía estatal socialista altamente concentrada en una economía capitalista monopolista estatal más concentrada que la de cualquier otro país imperialista y ha transformado el Poder de dictadura del proletariado en Poder de dictadura fascista, lo que facilita más al socialimperialismo soviético la militarización de toda la economía nacional y de todo el aparato del Estado. La camarilla de Brezhnev ha destinado un 20 por ciento del ingreso nacional a gastos militares y ha declarado abiertamente que hay que “estar listo en todo momento para colocar la economía en la órbita propia de los tiempos de guerra” ²⁰. Esta camarilla fortalece sin cesar su aparato estatal y hace lo imposible por atar firmemente al pueblo soviético a su carro bélico. El KGB, agencia de servicio secreto de la Unión Soviética, ha pasado a ser una espada suspendida sobre la cabeza del pueblo soviético y de muchos países del mundo. Sin escatimar esfuerzos, las autoridades soviéticas inculcan a las masas, a través de la prensa, la literatura, el arte, la educación docente y otros medios, el veneno del militarismo, atizan el chovinismo de gran Rusia, alaban sistemáticamente a jefes militares, funcionarios y aven-

tureros de la Rusia zarista que “hicieron méritos” en agresiones contra otros países, pregonan descaradamente la necesidad de recoger la “tradición” expansionista de los viejos zares y se disponen a dar, en cualquier momento, la orden para conducir como manadas a millones de habitantes del país a que les sirvan de carne de cañón en sus nuevas guerras de agresión.

Cuarto. El socialimperialismo soviético es una degeneración salida del primer país socialista. Así puede valerse del prestigio de Lenin y ostentar la bandera de “socialismo” para embaucar a la gente en todas partes. La política de agresión y hegemonía del imperialismo norteamericano, que lleva larga existencia, ha sido combatida, denunciada y condenada en innumerables ocasiones por el proletariado mundial, por los pueblos y naciones oprimidos y por todas las personalidades ecuanímes, incluidas las de los propios EE.UU. La opinión progresista mundial conoce ya su naturaleza y continuará luchando resueltamente contra dicha política. En cambio, el socialimperialismo soviético surgió hace poco y, además, se disfraza de “socialismo”. Por lo tanto, combatirlo, denunciarlo y condenarlo es una lucha mucho más seria. Es necesario hacer enormes esfuerzos para que todos los pueblos del mundo conozcan su verdadera catadura. A pesar de que la política de agresión y de hegemonía aplicada por la Unión Soviética viene revelándose cada día más en sus verdaderos colores y a pesar de que su rótulo de “socia-

lismo” se destiñe cada vez más, todavía no se puede considerar que ese país haya perdido por entero su capacidad de engaño. Al realizar sus actividades de agresión, intervención, subversión y expansión, la Unión Soviética siempre las enmascara con divisas como las de “cumplimiento con las obligaciones internacionalistas”, “apoyo a los movimientos de liberación nacional”, “oposición al imperialismo y al neoimperialismo” y “defensa de los intereses de la paz y de la democracia”. Por lo general, se necesita un proceso para conocer su naturaleza, y en este sentido China ha vivido una experiencia en carne propia, Es innegable que este tipo de apariencia engañosa, propia de la Unión Soviética, ha agravado el peligro que de suyo representa como superpotencia imperialista.

Es indiscutible que estas características históricas y objetivas de la Unión Soviética han hecho de ella una fuente de una nueva guerra mundial más peligrosa que EE.UU.

El imperialismo norteamericano no ha cambiado su política de agresión ni su conducta hegemónica y tampoco ha aflojado su explotación y opresión del pueblo de su propio país y de los demás pueblos del mundo. Por ende, las dos potencias hegemónicas, la Unión Soviética y EE.UU., son los enemigos comunes de todos los pueblos. A este respecto no cabe duda alguna. Pero, si después de advertir las circunstancias arriba mencionadas todavía no hacemos una distinción entre las dos superpotencias y las ponemos en el mismo

plano, si todavía no indicamos que la Unión Soviética es el instigador más peligroso de una guerra mundial, adormeceremos la vigilancia revolucionaria de los pueblos del mundo y confundiremos el blanco principal de la lucha antihegemonista. En consecuencia, por ningún motivo debemos adaptarnos a la necesidad que tiene la Unión Soviética de engañar y urdir intrigas, dando luz verde a sus preparativos bélicos y a sus pasos de agresión.

CAPITULO II

LOS PAISES Y PUEBLOS DEL TERCER MUNDO CONSTITUYEN LA FUERZA PRINCIPAL EN LA LUCHA CONTRA EL IMPERIALISMO, EL COLONIALISMO Y EL HEGEMONISMO

Los países y pueblos del tercer mundo constituyen la fuerza principal en la lucha común del mundo entero contra el hegemonismo de las dos superpotencias, la Unión Soviética y EE.UU., y contra el imperialismo y el colonialismo. En un mensaje fechado el 25 de octubre de 1966, el Presidente Mao señaló: *“El huracán revolucionario de Asia, África y América Latina asestará un golpe decisivo y demolidor a todo el mundo viejo”*. Esta es una previsión científica y una alta apreciación hechas por el Presidente Mao del papel de fuerza principal que desempeñan los pueblos asiáticos, africanos y latinoamericanos en la lucha revolucionaria antiimperialista a escala mundial.

¿En qué se fundamenta esta aseveración? Desde el término de la Segunda Guerra Mundial, los pueblos re-

volucionarios de Asia, África, América Latina y otras regiones se han colocado en la primera fila de la lucha antiimperialista y anticolonialista, han realizado de manera incesante luchas armadas revolucionarias y han conquistado una serie de grandes victorias que han cambiado la fisonomía del mundo de la postguerra, lo cual ha servido de inmenso estímulo y apoyo para el proletariado internacional y los pueblos de todos los países en su lucha revolucionaria antiimperialista. El triunfo de la revolución china en 1949; el triunfo de la guerra coreana de resistencia a la agresión norteamericana y de defensa de la patria registrado en 1953; la celebración de la Conferencia Afro-Asiática de Bandung en 1955; el triunfo del pueblo egipcio en la guerra del canal de Suez en 1956; la serie de victorias de los movimientos nacionales y democráticos de América Latina desde la guerra revolucionaria de Cuba que culminó en 1959 hasta la lucha por la democracia en Chile en los primeros años de la década del 70; el triunfo de la guerra de liberación nacional de Argelia en 1962; las heroicas luchas que sacudieron al mundo, llevadas a cabo en los años 60 por los pueblos de muchos países de Asia y África para conquistar o salvaguardar la independencia; la restauración del legítimo puesto de China en las Naciones Unidas en 1971; la victoria de los pueblos de Viet Nam, Kampuchea y Lao en sus guerras contra la agresión norteamericana y por la salvación nacional en 1975; el triunfo de las guerras independentistas de Guinea-Bissau y de Mozambique y el continuo desarrollo de las

de otros países en la década del 70; los duros golpes asestados por Egipto, Sudán y otros países a las maquinaciones soviéticas de control y subversión; la victoria lograda por el pueblo zairense en 1977 en su guerra contra la invasión de mercenarios a sueldo de los soviéticos; la perseverancia de los países árabes y del pueblo palestino en sus guerras y luchas contra la agresión durante los últimos veintitantos años; y el continuo crecimiento de la resistencia de los pueblos africanos contra el racismo blanco, la persistente profundización del movimiento nacional y democrático de los pueblos del sudeste asiático y la consecución de la independencia por parte de más de 80 países de Asia, África, América Latina y otras regiones en los últimos treinta y tantos años: las victorias de todas estas magnas luchas han constituido poderosa fuerza motriz de los cambios revolucionarios del mundo en la postguerra. El sistema colonialista ha quedado desintegrado. El imperialismo norteamericano, que fue el primero en aparecer como superpotencia, ha sufrido reveses de significado histórico. Y el socialimperialismo soviético, la otra superpotencia surgida después, está siguiendo el camino que condujo a EE.UU. al descalabro.

El tercer mundo ha llegado a ser la fuerza principal en la lucha mundial contra el imperialismo, el colonialismo y el hegemonismo, de modo que se ha creado una nueva situación sin paralelo en la historia de la humanidad. ¿Cómo se explica el surgimiento de esta nueva situación?

En primer lugar, los casi 3.000 millones de esclavos, que constituyen la abrumadora mayoría de la población mundial, se han sacudido o están sacudiéndose las cadenas colonialistas, lo que representa un cambio histórico de importancia fundamental en la correlación de las fuerzas de clases en el mundo.

Desde que existe la opresión nacional, ha habido luchas de resistencia de las naciones oprimidas. Pero, durante un período muy largo del pasado, estas luchas de resistencia se realizaron, en la abrumadora mayoría de los casos, en forma aislada y dispersa. La situación comenzó a experimentar grandes cambios después de la Revolución de Octubre: en no pocos países se fundaron partidos comunistas, se efectuaron luchas revolucionarias antiimperialistas a gran escala bajo la dirección del proletariado y con la alianza obrero-campesina como fuerza principal, se obtuvieron formidables victorias y se acumularon experiencias valiosas. Sin embargo, a juzgar por la situación en su conjunto, aún no se había formado un movimiento mundial que vinculara estas luchas. La Segunda Guerra Mundial aceleró en grado sumo el proceso revolucionario de la historia. Hoy día, las naciones y países oprimidos y los países socialistas, que componen el tercer mundo, representan, como antes, más del 70 por ciento de la población mundial, pero, a gran diferencia de la situación que vera Lenin en 1920, ellos se han sumado al torrente de la lucha revolucionaria del orbe como una fuerza antiimperialista de envergadura mundial y han superado en mucho los niveles del pasa-

do tanto en la dimensión y profundidad de la lucha como en los frutos logrados y las experiencias acumuladas. Muchos países del tercer mundo ya tienen sus propios ejércitos y han eliminado, en diferente grado, la influencia del colonialismo. China, que representa una quinta parte de la población mundial, se ha transformado de país semicolonial y semifeudal en un gran país socialista. Ella y los demás países socialistas que perseveran en la lucha antiimperialista y antihegemonista, se han puesto firmemente junto al tercer mundo y constituyen una fuerza inmovible dentro de sus filas.

En segundo lugar, los países y pueblos del tercer mundo son los que en la historia han sufrido la más profunda opresión y ofrecido la más violenta resistencia. Lenin dijo: *“Las colonias han sido conquistadas a sangre y fuego”* ²¹. Del mismo modo, los pueblos de las colonias sólo pueden conquistar a sangre y fuego su liberación completa. El imperialismo mundial no puede desarrollarse ni subsistir sin saquear las colonias, las semicolonias y otras naciones y países oprimidos. La lucha liberadora de los pueblos de las colonias ha conmovido la base de la cual depende la subsistencia del imperialismo, y terminará destruyéndola. Como consecuencia de esto, el imperialismo hará desesperados forcejeos.

En el período inmediatamente posterior al término de la Segunda Guerra Mundial, la mayoría de los países del tercer mundo todavía no habían logrado la indepen-

dencia y algunos se encontraban en un estado de semiindependencia. En aquel entonces, el objetivo de su lucha era la conquista de la independencia y la liberación nacionales, y la forma fundamental, la lucha armada revolucionaria. Estos países eran universalmente reconocidos como fuerza principal en la lucha antiimperialista de la post- guerra. Hoy día, los pueblos de algunas regiones del tercer mundo continúan llevando adelante esa lucha armada por la independencia y la liberación y permanecen en la primera fila de la lucha antiimperialista y anticolonialista del mundo. Apoyar resueltamente su lucha es un sagrado deber común del proletariado internacional y de todos los pueblos revolucionarios.

Ahora, la cuestión que se plantea es si los países de Asia, África y América Latina que han conquistado la independencia, seguirán siendo, durante un período histórico bastante largo, la fuerza principal antiimperialista. Nuestra respuesta es afirmativa. Es necesario tener en cuenta que, a pesar de que estos países han declarado su independencia, todavía enfrentan la seria tarea de conquistar su cabal independencia política y económica. Frente al impetuoso oleaje de la lucha por la liberación nacional, la mayoría de los imperialistas no pueden por menos de “retirarse” de sus colonias y reconocer a los países recién independizados, pero, siempre que se les presente la oportunidad, recurrirán infaliblemente a toda clase de formas y medios nuevos para conservar allí su influen-

a, o serán reemplazados por nuevos imperialistas y hegemónistas. Hoy día, en el terreno económico, los países imperialistas, particularmente las superpotencias, no sólo se entregan celosamente a actividades de infiltración en los países del tercer mundo, sino que también se valen de sus posiciones monopolistas en el mercado internacional para controlar los monoproducidos de muchos países en desarrollo, rebajar por la fuerza los precios de los productos primarios y elevar los de los productos industriales, explotando así despiadadamente al tercer mundo. En el terreno político, recurren a diversos medios para ejercer control, montar subversiones e intervenir en los países recién independizados, violar desenfrenadamente su independencia y soberanía y respaldar con todas sus fuerzas a los títeres, que obedecen servilmente sus órdenes. En el terreno militar, con miras a someter a los países del tercer mundo, arrebatar recursos naturales de valor estratégico y apoderarse de importantes puntos y vías estratégicos, controlan por todos los medios posibles desde el suministro de armas hasta el adiestramiento y el mando de las tropas, e inclusive apelan abiertamente a la amenaza de la fuerza, a la invasión armada y hasta al desencadenamiento de una guerra de agresión. Para conquistar la independencia, para poder mantenerse y desarrollarse, los países y pueblos del tercer mundo tienen que sostener una batalla larga, enconada y de vida o muerte, contra las actividades de agresión y expansión del imperialismo, particularmente de las superpotencias; en consecuencia,

se producirán nuevas guerras de liberación nacional. Estas inevitables contradicciones y luchas entre las dos partes determinan lo prolongado que ha de ser el papel de fuerza principal desempeñado por el tercer mundo en la lucha contra el imperialismo y el hegemonismo.

En tercer lugar, en el curso de la lucha. los países y pueblos del tercer mundo han elevado considerablemente su conciencia política y fortalecido su unidad. En los treinta y tantos años de la postguerra, como resultado de sus largas y arduas luchas contra el imperialismo, muchos países de Asia, África, América Latina y otras regiones han llegado a comprender gradualmente esta gran verdad: los países débiles pueden vencer a los poderosos, y los pequeños, a los grandes. Esto implica una gran emancipación espiritual y un salto político para el tercer mundo en su conjunto. En su célebre declaración hecha el 20 de mayo de 1970, el Presidente Mao señaló: *“Innumerables hechos prueban que quien sostiene una causa justa gana amplio apoyo mientras que quien sostiene una causa injusta encuentra poco apoyo. Un país débil puede derrotar a uno poderoso; un país pequeño puede derrotar a otro grande. Siempre que el pueblo de un país pequeño ose levantar-se en lucha, se atreva a empuñar las armas y tome en sus manos el destino de su propio país, podrá indefectiblemente derrotar la agresión de un país grande. Esta es una ley de la historia”*. Estas palabras del Presidente Mao constitu-

yen un resumen científico de las principales experiencias de la lucha antiimperialista de las naciones oprimidas en los últimos decenios y son, a la vez, un enorme estímulo para todos los pueblos del tercer mundo. Actualmente, a juzgar por la tendencia fundamental de la historia mundial, ya no se trata de que los países y pueblos del tercer mundo teman al imperialismo y al hegemonismo, sino de que éstos temen a aquéllos.

Antes de la Segunda Guerra Mundial, era un hecho corriente que la lucha antiimperialista de las naciones oprimidas no contara con un apoyo mundial duradero y potente. Hoy la situación es distinta. El apoyo mutuo de los países del tercer mundo, incluidos los países socialistas, y el apoyo mutuo de las diversas fuerzas que se oponen a la agresión, incluido el proletariado internacional, han permitido que los países y pueblos del tercer mundo jueguen con mayor eficacia su papel de fuerza principal en la lucha contra el imperialismo y el hegemonismo. Con el Poder estatal en sus manos, los países ya independizados del tercer mundo disponen de más recursos de lucha y mayor radio de acción que en el pasado y pueden fortalecer, paso a paso, su cooperación en la lucha común, llevando a cabo acciones conjuntas. Los países del tercer mundo han convertido muchas de las principales tribunas internacionales en solemnes cortes de justicia para condenar a las superpotencias imperialistas. Han establecido numerosas organizaciones internacionales de carácter regional o

especializado, uniéndose así para luchar en defensa de sus derechos e intereses comunes. El movimiento de no alineamiento, del que forman parte muchos países, ha llegado a ser una fuerza de importancia mundial nada desdeñable en la coordinación de sus intereses y en la lucha común contra el hegemonismo. Con el fortalecimiento incesante de su unidad en el combate, los países del tercer mundo han dado a su lucha antihegemonista una dimensión aún mayor y la han conducido a un nivel más elevado y a resultados aún más notables. Por ejemplo, la lucha iniciada por países latinoamericanos contra la hegemonía marítima de las superpotencias, la lucha de países árabes y de otros países exportadores de petróleo del tercer mundo en defensa de sus derechos e intereses respecto a este mineral y la lucha de países productores de otras materias primas, han infligido graves e inesperadas derrotas al imperialismo y al hegemonismo. Los países de Asia, África y América Latina, siempre tenidos en menos, están tomando audazmente en sus manos su propio destino y recuperando sus derechos. Esto era imposible de imaginar antes de la Segunda Guerra Mundial.

En cuarto y último lugar, los ciento veinte y tantos países del tercer mundo están ubicados en regiones sumamente extensas de Asia, África, América Latina y Oceanía, donde, a juzgar por la situación en su conjunto, los países imperialistas cuentan con limitadas fuerzas represivas y tienen diversos conflictos de intereses entre

sí, lo cual constituirá por largo tiempo una condición favorable para el desarrollo y robustecimiento de las fuerzas revolucionarias antiimperialistas del tercer mundo. Europa, como punto clave de la contienda entre las dos potencias hegemónicas, tiene atraídas sobre sí y sujetas sus fuerzas principales. Esas potencias encuentran imposible ejercer un control muy estricto sobre muchos de los países del tercer mundo y, con frecuencia, no pueden mantener todas las cartas en sus manos. Habiendo elevado su conciencia política y fortalecido su unidad en la prolongada lucha durante los años de la postguerra, los países y pueblos del tercer mundo han comenzado a explotar conscientemente este punto débil de sus enemigos, así como las contradicciones entre las dos potencias hegemónicas y los países del segundo mundo y las existentes entre aquellas mismas; al mismo tiempo, han comenzado a hacer valer sus propios puntos fuertes para superar los múltiples obstáculos y llevar adelante, sin cesar, el movimiento revolucionario antiimperialista y antihegemonista.

El movimiento obrero en los países del primero y segundo mundos y la lucha antiimperialista del tercer mundo se apoyan mutuamente. La clase obrera y las masas revolucionarias de los países desarrollados capitalistas han logrado, en repetidas ocasiones, brillantes victorias en su heroica lucha, dando duros golpes al imperialismo y al socialimperialismo y prestando enérgico apoyo a los pueblos del mundo en su

lucha contra el imperialismo y el hegemonismo. De hoy en adelante, en la medida del desarrollo de la situación, ellas darán lugar a nuevos ascensos del movimiento revolucionario y robustecerán continuamente su propia fuerza en la lucha contra la ofensiva del capital monopolista, por los derechos económicos y políticos para sí mismas y para los demás sectores del pueblo, en oposición a la política de agresión de las clases dominantes y en apoyo de la lucha antiimperialista y antihegemonista del tercer mundo. Sin embargo, debido a la traición de la camarilla gobernante de la Unión Soviética, al desbordamiento de la corriente ideológica revisionista y a la división de las filas de la clase obrera, el movimiento obrero revolucionario de los países capitalistas desarrollados, hablando en general, tiene que permanecer por el momento en la etapa de reordenamiento de sus filas y acumulación de fuerzas. Por ahora todavía no existe en estos países una situación revolucionaria que permita tomar inmediatamente el Poder. En tales circunstancias, cuanto más activamente desempeñen los países y pueblos del tercer mundo su papel de fuerza principal en la lucha antiimperialista y antihegemonista, tanto más importantes resultarán su apoyo e impulso al movimiento obrero en los países desarrollados.

¿La afirmación de que el tercer mundo es la fuerza principal en la lucha contra el imperialismo y el hegemonismo significa o no debilitamiento de la obligación y el papel del proletariado internacional en esta lucha? La lucha contra las dos potencias hegemóni-

cas, parte importante del movimiento socialista del proletariado mundial, es sumamente difícil y complicada. El proletariado de los diversos países tiene que estudiar y difundir con empeño el marxismo-leninismo, jugar el papel de vanguardia y modelo en esa lucha, cumplir con el deber internacionalista que le incumbe y apoyar y ayudar sin reservas a todos los pueblos del mundo en su lucha contra el imperialismo y el hegemonismo, a fin de asegurar que la lucha avance por un camino acertado y culmine en la victoria. Por consiguiente, el hecho de que el tercer mundo sea la fuerza principal en la lucha antiimperialista y antihegemonista no debilita en lo más mínimo la obligación y el papel del proletariado internacional en esta lucha. Cuando Lenin creó el Ejército Rojo obrero-campesino, los campesinos pobres constituían su fuerza principal. ¿Acaso debilitó esto la obligación del proletariado ruso con respecto al Ejército Rojo? Cuando Stalin señalaba que la base y esencia de la cuestión nacional era el problema campesino y que *“los campesinos son el ejército básico del movimiento nacional”*²², ¿olvidó acaso el papel del proletariado en este movimiento? Cuando el Presidente Mao apuntó que las amplias masas de campesinos pobres son *“el aliado natural y más confiable del proletariado y el contingente principal en las filas de la revolución china”*²³, ¿no estaba subrayando al mismo tiempo el rol del proletariado chino en toda la causa revolucionaria? Si se toma el papel dirigente del proletariado internacional como pretexto para formar, en las condi-

condiciones históricas de hoy, un centro de mando desde donde dictar órdenes a las luchas revolucionarias antiimperialistas de los pueblos de los diversos países, e incluso intentar que estas luchas obedezcan a los intereses egoístas de determinado país, ello no puede sino perjudicar y socavar la lucha de los pueblos del mundo y va en contra de los intereses del proletariado internacional, tal como lo ha demostrado la práctica en repetidas ocasiones. El socialimperialismo llama “cumplir con el deber internacionalista proletario” al hecho de organizar mercenarios para realizar intervenciones e invasiones armadas contra otros países; eso constituye una demagogia descarada y sólo puede terminar en desastrosas derrotas.

¿La afirmación de que el tercer mundo es la fuerza principal en la lucha antiimperialista y antihegemonista significa o no que los países del tercer mundo no presentan diferencia alguna en su situación social y política y en su comportamiento en la lucha internacional? A causa de las diferencias de sistema social y político entre los países del tercer mundo, de la desigualdad en el desarrollo de su economía y de los cambios que constantemente se operan en la situación política dentro de cada país, las autoridades de unos u otros países asumen con frecuencia diferentes actitudes hacia el imperialismo y las superpotencias y hacia sus propios pueblos. Debido a algunas razones históricas y particularmente a la cizaña que han sembrado el imperialismo y el socialimperialismo, todavía existen

existen entre ciertos países del tercer mundo disputas de uno u otro tipo e incluso conflictos armados. Sin embargo, vistos en su conjunto, los países del tercer mundo revelan, en su mayoría, una tendencia a combatir el imperialismo y el hegemonismo. Dentro de estos países existen, desde luego, luchas entre distintas fuerzas políticas, que comprenden las fuerzas revolucionarias decididas a llevar hasta el fin la revolución nacional y democrática, los distintos tipos de fuerzas progresistas o intermedias, y también una minoría de fuerzas reaccionarias, e incluso unos cuantos agentes del imperialismo o del socialimperialismo. Mientras existan las clases, mientras existan el proletariado, el campesinado y la pequeña burguesía, mientras existan los diferentes tipos de burguesía, la clase terrateniente y otras clases explotadoras, la presencia de este fenómeno será inevitable. Pero estas complicadas circunstancias no varían el hecho fundamental de que el tercer mundo es la fuerza principal en la lucha contra el imperialismo y el hegemonismo. Al enfocar un problema, tenemos que examinar primero su esencia y su aspecto principal, así como los resultados prácticos dentro del balance general. Las diferencias en cuanto a la situación política de los países del tercer mundo no pueden, por muchas que sean, alterar la contradicción fundamental que enfrenta al imperialismo y al hegemonismo con los países y pueblos del tercer mundo, ni esta corriente irresistible de la historia: los países quieren la independencia, las naciones quieren la emancipación y

los pueblos quieren la revolución. A juzgar por las manifestaciones objetivas de la actuación de las naciones oprimidas de Asia, África y América Latina en la lucha política internacional durante los últimos treinta y tantos años, así como por su tendencia general, la esencia y el aspecto principal de estas naciones son revolucionarios y progresistas, e incuestionable su papel de fuerza principal en la lucha mundial contra el imperialismo y el hegemonismo.

La China socialista forma parte del tercer mundo. El Presidente Mao señaló: *“China pertenece al tercer mundo, porque en los planos político y económico, así como en otros terrenos, no se puede comparar a los países ricos, a las grandes potencias; sólo puede ubicarse junto a los países relativamente pobres”*²⁴. En el pasado, China sufrió la opresión imperialista y sostuvo luchas contra el imperialismo durante mucho tiempo; hoy ha establecido el sistema socialista, pero, al igual que los otros países del tercer mundo, sigue siendo un país en desarrollo y enfrenta la tarea de llevar a cabo una prolongada y resuelta lucha contra las superpotencias imperialistas. Una trayectoria común, una lucha común y los intereses comunes que China ha compartido, comparte y compartirá con ellos durante largo tiempo, determinan su pertenencia al tercer mundo.

China ha declarado que pertenece al tercer mundo. Esto demuestra exactamente que ella persiste en el camino socialista y se adhiere a los principios leninistas. Cuando Lenin clasificó a Rusia como país de la misma

categoría que las colonias y naciones oprimidas, ¿olvidaba acaso que la Rusia de aquel entonces era ya un país socialista? ¿Se podría decir que, al proceder así, Lenin alteró el rumbo del desarrollo socialista de Rusia? Todo lo contrario. La posición de Lenin correspondía por completo a los intereses de la causa del proletariado internacional y persistía genuinamente en el rumbo del desarrollo socialista de Rusia. Hoy día, China y otros países socialistas permanecen junto a los demás países del tercer mundo y todos ellos se apoyan y ayudan mutuamente y avanzan hombro a hombro en la lucha contra el imperialismo y el hegemonismo. Con ello, han heredado lealmente y desarrollado este gran concepto de Lenin.

El Presidente Mao nos instruyó más de una vez: *“En nuestras relaciones con el extranjero, los chinos debemos desechar resuelta, definitiva, cabal y totalmente cualquier manifestación de chovinismo de gran nación”*²⁵, *“debemos tratar en pie de igualdad a los países pequeños, cualesquiera que sean, y no erguir el rabo con orgullo”*²⁶, y *“no procurar la hegemonía”*²⁷. Esta es una exigencia absoluta del sistema socialista de China y de la línea revolucionaria proletaria del Presidente Mao. Actual mente, China es un país en desarrollo, pertenece al tercer mundo y está del lado de las naciones oprimidas. En el futuro, cuando haya desarrollado su economía, convirtiéndose en un poderoso país socialista, pertenecerá igualmente al tercer mundo y seguirá ubicada junto con las naciones oprimidas. El 10 de abril de 1974, el camarada Teng

Siao-ping, en nombre del Gobierno y el pueblo de China, declaró solemnemente en la Sesión Extraordinaria de la Asamblea General de las Naciones Unidas: “Si algún día China cambiara de color, se convirtiera en una superpotencia y actuara también en el mundo como déspota, perpetrando por todas partes atropellos, agresiones y explotación, los pueblos del mundo tendrían el derecho de pegar a China la etiqueta de socialimperialista, de denunciarla, combatirla y unirse con el pueblo chino para derribarla”. Cabe preguntar: ¿Existe en el mundo otro país grande que se atreva a hacer una declaración tan franca y sincera como ésta?

Sin embargo, la camarilla de renegados revisionistas soviéticos ha llegado a atacar a China afirmando que ésta “procura la hegemonía” en el tercer mundo. Tal ignominiosa difamación es simplemente ridícula. En el largo curso del desarrollo de las relaciones de China con los demás países del tercer mundo y en la ayuda que les viene prestando en la medida de sus posibilidades, ¿se ha registrado algún hecho que pueda corroborar que ella procura la hegemonía? ¿Ha enviado aunque sea un soldado a agredir y ocupar territorios ajenos? ¿A qué país ha exigido permiso para instalar bases militares? ¿A qué país ha arrebatado siquiera un centavo mediante chantaje y exacción? Al prestar ayuda a otros países, ¿en alguna ocasión les ha dictado la manera como deben actuar respecto de ella? El Presidente Mao siempre sostuvo: “*Todas las justas luchas de los pueblos del*

mundo entero se dan como apoyo mutuo” ²⁸. Nunca hay en el mundo entrega o recepción de ayuda unilaterales. Está a la vista de todos que, en sus relaciones con los demás países del tercer mundo, China ha promovido y observado fielmente los afamados Cinco Principios de Coexistencia Pacífica y los conocidos ocho principios para la ayuda económica a otros países. Al tratar así de sembrar la cizaña en las relaciones amistosas del pueblo chino con los otros pueblos del tercer mundo, la camarilla de renegados revisionistas soviéticos no ha hecho más que revelar, una vez más, su catadura reaccionaria. En verdad, a los ojos de los hegemónistas, en el mundo no existe otro tipo de gente distinta a los que ejercen la hegemonía y a los que están sometidos a ella. ¡Cuán lamentablemente mezquinos son estos infieles descendientes de Lenin! No alcanzan a entender siquiera un hecho tan simple como éste: ningún renegado es capaz de minar la gran unidad entre el pueblo chino y los demás pueblos del tercer mundo, unidad sellada con su sangre en el combate común y con su sudor en el trabajo conjunto.

CAPITULO III

EL SEGUNDO MUNDO ES UNA FUERZA UNIBLE EN LA LUCHA ANTIHEGEMONISTA

Al referirse a la situación política mundial en los últimos años, el Presidente Mao siempre consideró a los países del segundo mundo como una fuerza con la cual podemos unirnos en la lucha contra las dos potencias hegemónicas. Señaló que “*hay que ganarse a estos países: Inglaterra, Francia y Alemania Occidental, por ejemplo*”²⁹.

¿Por qué los países del segundo mundo son fuerzas unibles en la lucha antihegemonista? Porque, en los últimos treinta años, la posición de estos países en las relaciones políticas y económicas internacionales ha experimentado grandes cambios.

Tras una lucha de veinte a treinta años contra el control de EE.UU. y explotando los graves reveses que éste ha sufrido a escala mundial en su política de agresión, los países de Europa Occidental han superado la situación en que se hallaban en los primeros años de

la postguerra, obligados a aceptar los dictados de EE.UU. Sucede lo mismo con el Japón. La fundación del Mercado Común Europeo, la política francesa de independencia aplicada por De Gaulle, la actitud pasiva y crítica adoptada por los países de Europa Occidental ante las guerras de agresión de EE.UU. contra Viet Nam, Kampuchea y Lao, el derrumbe del sistema monetario del mundo capitalista con el dólar norteamericano como núcleo, las guerras comerciales y monetarias, cada vez más agudas, entre Europa Occidental y el Japón por un lado y EE.UU. por el otro: todos estos hechos marcan la desintegración del antiguo campo imperialista capitaneado por EE.UU. Es cierto que el capital monopolista de Europa Occidental, Japón y otros países aún mantiene múltiples vínculos con EE.UU. y que, frente a la amenaza del socialimperialismo soviético, aquéllos todavía tienen que abrigarse bajo el “paraguas protector” de EE.UU.; sin embargo, mientras éste continúe aplicando su política de control, aquéllos no cesarán en su lucha contra este control ni en su lucha por el establecimiento de relaciones de socios en pie de igual dad.

Como Europa es el punto clave de la estrategia soviética para su disputa por la hegemonía mundial, el mayor peligro que Europa Occidental enfrenta procede, obviamente, del socialimperialismo soviético. La Unión Soviética emplaza grandes contingentes de fuerzas armadas en el este de Europa y en los mares al norte y al sur de este continente, adoptando una postura tendiente

a cercar a Europa Occidental. Además, intensifica sus actividades des tinadas a apoderarse de los puntos estratégicos a lo largo de toda la' línea que va del mar Rojo y el Indico hasta el este del Atlántico Sur pasando por el Cabo de Buena Esperanza, con lo cual flanquea y rodea a Europa y amenaza seriamente las vías de comunicación de importancia vital para Europa Occidental. Enfrenta dos a esta grave amenaza a su seguridad, los países de Europa Occidental se ven compelidos a fortalecer su defensa nacional, a coordinar las relaciones entre ellos, a mantener y reforzar su alianza en lo económico, en lo político y en el plano de la defensa. En el Extremo Oriente, el Japón también encara una grave amenaza. La colosal fuerza militar que la Unión Soviética tiene acantonada en el Extremo Oriente está, por cierto, dirigida contra China, pero en particular contra EE.UU. y Japón. La Unión Soviética ocupa los territorios y aguas jurisdiccionales de la parte septentrional del Japón e intensifica cada vez más su amenaza a ese país y su infiltración en él, lo cual ha provocado enérgica indignación y resistencia de todas las fuerzas patrióticas japonesas. Por su parte, Australia, Nueva Zelandia, Canadá y otros países han estrechado su vigilancia contra la expansión e infiltración soviéticas.

En años recientes se han operado, asimismo, nuevos cambios en las relaciones entre Europa Occidental, Japón y otros países, por una parte, y el tercer mundo, por la otra. Es cierto que, bajo las nuevas condiciones y

mediante nuevas formas, Inglaterra, Francia, Alemania Occidental, Japón y otros países siguen recurriendo a medios políticos y económicos en un esfuerzo por mantener su control y explotación de muchos países del tercer mundo; pero, vista la situación en su conjunto, han dejado de ser las fuerzas principales en el control y la opresión de los países del tercer mundo y, en ciertas circunstancias, partiendo de sus propios intereses, incluso se ven forzados a cederles terreno en mayor o menor grado o expresar cierto apoyo a su lucha antihegemonista o permanecer neutrales. Por ejemplo, luego de la lucha petrolera de 1973, los países del Mercado Común Europeo propusieron recurrir al diálogo y no al enfrentamiento con los países productores de petróleo y exteriorizaron algunas opiniones razonables respecto a la solución del problema del Medio Oriente. Este año, Francia proporcionó cierto apoyo logístico a la lucha sostenida por Zaire contra la invasión armada instigada por la Unión Soviética.

Los países de Europa Oriental nunca han cesado en su lucha contra el control soviético. Aun después de haber sido ocupada Checoslovaquia, la resistencia de su pueblo ha venido desarrollándose. En 1976, el pueblo polaco desplegó una amplia campaña de protesta contra la introducción en la nueva constitución de cláusulas referentes a la alianza polaco-soviética y desató una oleada de huelgas y manifestaciones obreras con consignas como “¡Libertad sí!” y “¡Rusos no!”. Dentro de los gobiernos de algunos países de Europa Oriental

desarrolla la tendencia a combatir el control soviético. Ciertos artículos de la prensa se quejan abiertamente de que “algunos principios de beneficio mutuo han sido desvirtuados en parte y en distinta medida” ³⁰ señalan que las relaciones de esos países con la Unión Soviética “no pueden basarse siempre en el sacrificio de un país socialista en bien del otro” ³¹, y que “el deseo de ‘coordinación en todo’ no puede sino conducir, en la práctica, a una ‘coordinación en nada’ ” ³², y exigen la “toma en consideración de los intereses particulares de todos los países del Consejo de Ayuda Mutua Económica” ³³ y la defensa de una “economía nacional independiente” ³⁴. Con la intensificación de su disputa por la hegemonía mundial, la Unión Soviética ha convertido a Europa Oriental en línea delantera de la guerra que viene preparando contra Europa Occidental y EE.UU. El control y la intervención que ejerce sobre los países de Europa Oriental mediante la Organización del Pacto de Varsovia se han hecho cada vez más insoportables. Tal situación ha motivado mayor preocupación de los pueblos de esos países y ha avivado su lucha en defensa de la independencia, seguridad e igualdad de derechos.

Desde luego, hay que tener en cuenta que están muy arraigados la explotación y el control de muchos países del tercer mundo por parte de países del segundo mundo y que éstos no desistirán de ellos fácilmente. La lucha del tercer mundo por el establecimiento de relaciones de igualdad y beneficio mutuo con el segundo mundo será

todavía prolongada y seria. Sin embargo, como queda expuesto arriba, el segundo mundo está sufriendo intervención, control y atropello por parte de las dos potencias hegemónicas —la Unión Soviética y EE.UU.— y enfrenta una amenaza de guerra proveniente de ellas, particularmente de la primera, lo cual constituye una realidad que es todavía más grave y se agravará cada día más. Al referirse a la política del Partido Comunista de China con relación al imperialismo durante la Guerra de Resistencia contra el Japón, el Presidente Mao precisó: *“Si bien el Partido Comunista se opone a todos los imperialistas, debemos distinguir entre el imperialismo japonés, que invade a China, y las otras potencias imperialistas, que actualmente no lo hacen; entre los imperialistas alemanes e italianos, que se han aliado con el Japón y han reconocido al ‘Manchukuo’, y los imperialistas ingleses y norteamericanos, que se oponen al Japón; y también entre la Inglaterra y los Estados Unidos del tiempo en que seguían la política de un Munich del Extremo Oriente y socavaban nuestra resistencia al Japón, y la Inglaterra y los Estados Unidos de hoy, que han renunciado a esa política y se pronuncian en favor de nuestra resistencia”*³⁵. Por esa misma razón, hacer una distinción en cuanto a la manera de tratar a los actuales enemigos principales —las dos potencias hegemónicas— y a los países del segundo mundo, es un problema importante que debe ser considerado en la lucha de los países y pueblos del tercer mundo. Bajo

determinadas condiciones, la unión con el segundo mundo en la lucha común contra las dos potencias hegemónicas no solamente es necesaria sino posible.

En circunstancias en que la Unión Soviética toma a Europa como punto clave de su estrategia, tanto la parte oriental como la occidental de ese continente son las primeras en sufrir el impacto; los países de allí enfrentan por igual el serio problema de la salvaguardia de su independencia nacional.

¿Es correcto, desde el punto de vista de los principios, plantear hoy en los países desarrollados que conforman el segundo mundo, en particular los de Europa, la consigna de defender la independencia nacional?

En distintos períodos de la historia contemporánea de Europa, los clásicos del marxismo leninismo demostraron que, aun en los países europeos desarrollados e incluso en momentos en que se combatía la utilización por parte de los oportunistas de la consigna de “defensa de la patria” para ocultar su traición al internacionalismo proletario, las guerras por la salvaguardia de la independencia nacional eran, en determinadas condiciones, no sólo admisibles, sino necesarias y revolucionarias.

En 1891, cuando Alemania afrontaba la amenaza inmediata de una agresión rusa, Engels escribió: *“El zarismo ruso es el enemigo de todas las naciones occidentales, incluso de la burguesía de ellas”*³⁶. *“Si se agrava el peligro de guerra, podemos decirle al gobierno que estamos dispuestos, si esto se nos hace*

*posible mediante un tratamiento decoroso, a apoyarlo contra el enemigo exterior, a condición de que el gobierno sostenga la guerra sin cuartel con todos los medios, entre ellos, los medios revolucionarios... Estará en juego la existencia nacional y, para nosotros, también el mantenimiento de la posición y las perspectivas que hemos conquistado”*³⁷.

En 1916, al tiempo que se oponía a que los oportunistas de la II Internacional apoyaran a cualquiera de las partes beligerantes en la guerra imperialista, Lenin subrayó la completa justeza de las aseveraciones de Engels arriba citadas³⁸, y expresó que, en la Europa de aquel entonces, aún era posible que se produjeran guerras nacionales contra el imperialismo. Dijo: *“Incluso en Europa no deben considerarse imposibles las guerras nacionales en la época del imperialismo... la ‘época’ no excluye en absoluto las guerras nacionales, por ejemplo por parte de los pequeños Estados (supongamos anexados o nacionalmente oprimidos) **contra** las potencias imperialistas, así como tampoco excluye los movimientos nacionales de gran envergadura en Europa Oriental”. “Las guerras nacionales **contra** las potencias imperialistas no sólo son posibles y probables; son inevitables y **son progresistas y revolucionarias...**”*³⁹. Además, Lenin señaló: *“Lo característico para el imperialismo consiste precisa mente en la tendencia a la anexión **no sólo** de las regiones agrarias, sino también de las más industriales”*⁴⁰. Y expresó: *“Si la guerra es por la defensa de la democracia o contra el yugo que oprime a*

*la nación, yo no me opongo a una guerra de ese tipo; y no temo las palabras ‘defensa de la patria’ cuando éstas se refieren a esa clase de guerra o de insurrección”*⁴¹.

Estas exposiciones de los maestros revolucionarios señalan que es justa la guerra nacional emprendida por cualquier país, sea desarrollado o en desarrollo, contra la anexión y la agresión de una potencia imperialista de las cuales es víctima, y que el proletariado internacional debe apoyar y respaldar tal guerra.

En los años 30 del siglo XX, cuando las fuerzas del fascismo en el mundo se hacían cada vez más desenfrenadas y la amenaza de una guerra agresiva se agravaba considerablemente sin que llegara todavía el momento de su estallido, la Internacional Comunista dirigió un llamamiento a la clase obrera de todos los países para que se esforzara por establecer un amplio frente único contra el fascismo y la guerra. Una vez iniciada la guerra de agresión, la clase obrera de los diversos países se lanzó activamente a la guerra antifascista para salvar la independencia nacional y aportó heroicas contribuciones al triunfo de esta guerra.

Hoy, los países europeos se hallan frente a la seria amenaza de anexión y agresión del socialimperialismo soviético. En repetidas ocasiones, el Presidente Mao dijo a estadistas de países de Europa Occidental lo siguiente: *“La Unión Soviética tiene ambiciones desmesuradas. Pretende apoderarse de toda Europa, Asia y África”*⁴². Si los países de Europa Occidental

caen víctimas del atropello de la herradura de los nuevos zares soviéticos, se convertirán en países dependientes, sus habitantes serán reducidos al estado de ciudadanos de segunda categoría y sus pueblos sufrirán la doble opresión de los conquistadores extranjeros y de los entreguistas nacionales. En su tiempo, Engels señaló que si la Rusia zarista derrotaba a Alemania, que contaba con un movimiento obrero relativamente desarrollado, “*entonces el movimiento socialista en Europa se extinguirá por veinte años*”⁴³. ¡Cuánta conciencia nos debe despertar hoy día esta severa advertencia de Engels! ¡Las enseñanzas impartidas por Engels y Lenin hace decenios sobre la guerra nacional todavía hoy nos obligan ineluctablemente a deducir lecciones similares! En la actualidad, muchos de los países europeos otra vez encaran el problema de la salvaguardia de su independencia nacional, y la clase obrera europea, el del mantenimiento de la posición y las perspectivas que ha conquistado. La guerra nacional contra una agresión, esclavización y masacre de gran envergadura por parte de las superpotencias sigue siendo en la Europa de hoy no solamente posible y probable, sino también inevitable, progresista y revolucionaria. Por lo tanto, el proletariado de los países del segundo mundo, al tiempo que se une con las amplias masas populares para desplegar una seria lucha contra la opresión y explotación de la burguesía monopolista nacional, en defensa de los derechos democráticos y por el mejoramiento de las condiciones de vida, no puede sino enar-

bolar la bandera de la independencia nacional, colocarse en la primera fila de la lucha contra la amenaza de agresión de las dos superpotencias, en particular del socialimperialismo soviético, y, uniéndose en determinadas condiciones con todos los que rehúsen ser manejados y esclavizados por esas dos superpotencias, dirigir esta lucha con dinamismo o participar activamente en ella. Esta manera de proceder contribuirá, además, al desarrollo de la situación revolucionaria en dichos países.

El marxismo-leninismo siempre concede gran importancia a la tarea de ganarse a las fuerzas intermedias en la lucha contra el enemigo. Al hacer esfuerzos por unirse en mayor o menor grado con los países del segundo mundo, el tercer mundo está precisamente propinando golpes directos a la política de agresión, expansión y guerra de las dos potencias hegemónicas, particularmente a la del socialimperialismo soviético. Este califica a las fuerzas antihegemonistas del segundo mundo de “belicistas” o de “elementos nacionalistas” “contrarios al internacionalismo”, precisamente con el propósito de enturbiar el agua para ocultar su verdadera catadura como el más peligroso atizador de una guerra mundial. ¿No es esto suma mente claro?

Sin duda alguna, cuando afirmamos que el segundo mundo es una fuerza unible en la lucha contra el hegemonismo, no queremos decir en modo alguno que se pueda pasar por alto las contradicciones entre los países del segundo mundo y los del tercero, así como las

contradicciones de clase en el seno de aquéllos, ni queremos decir, en absoluto, que se pueda suprimir la lucha de los países y pueblos oprimidos contra la opresión y la explotación. El mundo no puede avanzar sino en medio de luchas, y la unión no puede alcanzarse sino en el curso de la lucha. Si la unidad se logra por medio de la lucha, vivirá; si se logra al precio de concesiones, morirá. Esta unión y unidad sólo puede lograrse y fortalecerse de manera gradual en el curso de la lucha contra el entreguismo, contra la tendencia al apaciguamiento y contra el neocolonialismo, y en el proceso de la lucha por rechazar la ofensiva de las fuerzas reaccionarias contra las progresistas.

Los países del segundo mundo, que enfrentan una amenaza bélica cada vez más seria de las superpotencias, tienen la necesidad de fortalecer la unión entre sí y la unión con el tercer mundo, la unión con todo aliado posible, a fin de avanzar en la lucha contra los enemigos comunes. Para defender su independencia y existencia nacionales, la lucha unida es el único camino correcto, aunque seguramente está rodeado de zarzas y no de rosas.

CAPITULO IV

LA DIFERENCIACION DE LOS TRES MUNDOS ES UNA TESIS CIENTIFICA MARXISTA SOBRE LA ACTUAL SITUACIÓN MUNDIAL.

La teoría del Presidente Mao sobre los tres mundos, síntesis científica de la realidad objetiva de la actual lucha de clases a escala mundial, es continuación, defensa y desarrollo de las tesis fundamentales del marxismo-leninismo.

En febrero de 1974, en conversación sostenida con un dirigente de un país del tercer mundo, el Presidente Mao dijo: *“A mi juicio, los EE. UU. y la Unión Soviética constituyen el primer mundo; fuerzas intermedias como el Japón, Europa y Canadá integran el segundo mundo, y nosotros formamos parte del tercero”*. *“El tercer mundo comprende una gran población. Toda Asia, excepto el Japón, pertenece al tercer mundo; África entera pertenece también a éste, e igualmente América Latina”*.

Esta diferenciación es una tesis científica que se desprende del análisis del desarrollo de las diversas con-

tradicciones fundamentales del mundo contemporáneo y de los cambios opera dos en ellas, análisis basado en la teoría de Lenin acerca de que nuestra época es la época del imperialismo y la revolución proletaria, en su teoría sobre el desarrollo desigual del imperialismo y la inevitabilidad de que los países imperialistas recurran a la guerra para repartirse de nuevo el mundo y, finalmente, en su teoría según la cual el imperialismo trae como consecuencia la división del mundo entero en naciones opresoras y naciones oprimidas, con el proletariado internacional luchando al lado de es tas últimas.

Para tener una correcta comprensión de la teoría del Presidente Mao sobre los tres mundos, debemos conocer los fenómenos políticos internacionales de nuestra época haciendo uso del materialismo dialéctico y partiendo de la realidad y no de los conceptos y, tal como lo señalaron Lenin y Stalin al tratar de la relación entre la cuestión nacional y la internacional, debemos hacerlo *“en una escala mundial, y no aisladamente”* ⁴⁴, *“no desde el punto de vista de la democracia formal, sino desde el punto de vista de los resultados prácticos dentro del balance general de la lucha contra el imperialismo”* ⁴⁵.

Aparentemente, la diferenciación del Presidente Mao de los tres mundos sólo concierne a las actuales relaciones entre Estados y entre naciones; pero, de lo que en el fondo se trata es precisamente de la cuestión clave de la lucha de clases de hoy en el plano mundial.

La lucha nacional es, en último término, un problema de lucha de clases ⁴⁶. Lo mismo ocurre con las relaciones entre Estados. Las relaciones entre Estados y entre naciones, que tienen como base las relaciones de clases, son muy complejas y están interconectadas. Si abordarnos los problemas de manera abstracta y aislada, con forme al método idealista y metafísico, en vez de analizar en forma concreta los problemas concretos partiendo del conjunto de la lucha de clases internacional y teniendo en cuenta el tiempo, el lugar y las circunstancias, nos será muy difícil juzgar correctamente los fenómenos políticos en el plano internacional y diferenciar correctamente las fuerzas políticas del mundo.

Los marxistas-leninistas se adhieren firme e invariablemente a la posición del proletariado internacional, defienden con perseverancia los intereses generales de los pueblos revolucionarios del mundo en la lucha de clases internacional y persisten siempre en el programa máximo, que supone la sustitución del sistema capitalista por el comunista. Sin embargo, la situación de esta lucha es intrincada y diversa: La burguesía internacional jamás ha sido ni puede ser tan entera como una lámina de acero y, por otro lado, el movimiento obrero internacional ha conocido una división tras otra debido a la influencia de las clases ajenas. Al desplegar la lucha en el plano internacional, el proletariado debe, según las necesidades y posibilidades de diferentes períodos históricos, unirse con todas las personas unibles a fin de contribuir a *desarrollar las fuerzas*

progresistas, ganarse a las intermedias y aislar a las recalitrantes ⁴⁷. Por consiguiente, nunca es posible elaborar una fórmula inmutable para la división de las fuerzas políticas del mundo, vale decir, para la determinación de la relación entre nosotros —el proletariado—, los amigos y los enemigos en la lucha de clases internacional.

En 1921, después de la aparición del primer país socialista en el mundo, al hablar de las dos modalidades diplomáticas, la burguesa y la proletaria, Lenin dijo: “... *en la actualidad existen dos mundos: el viejo, el capitalismo, ... y el nuevo mundo en ascenso...*” ⁴⁸. En 1919, Stalin dijo: “*El mundo se ha dividido resuelta e irrevocablemente en dos campos: el campo del imperialismo y el campo del socialismo*” ⁴⁹. Esta tesis reflejaba, desde luego, las nuevas contradicciones fundamentales aparecidas en el mundo a continuación de la Revolución de Octubre. Sin embargo, Lenin y Stalin nunca consideraron que no existieran otras contradicciones fundamentales en el mundo y que fuera imposible otra clasificación de las fuerzas políticas mundiales. Veamos. En 1920, en su informe sobre la cuestión nacional y colonial ante el II Congreso de la Internacional Comunista, Lenin dijo: “*El rasgo característico del imperialismo consiste en que, ... todo el mundo se divide actualmente en un gran número de pueblos oprimidos y en un número insignificante de pueblos opresores, que disponen de colosales riquezas y de gran fuerza militar*” ⁵⁰. Al abordar la cuestión nacional en Los fundamentos del leninismo, obra escrita

en 1924, Stalin afirmó: *“El mundo está dividido en dos campos: el que forman un pequeño puñado de naciones civilizadas, que poseen el capital financiero y explotan a la inmensa mayoría de la población del planeta, y el campo de los pueblos oprimidos y explotados de las colonias y de los países dependientes, que forman esta mayoría”* ⁵¹. Esta tesis reflejaba la existencia de otro tipo de contradicciones fundamentales en el mundo. Estas dos clasificaciones hechas por Lenin y Stalin son correctas sin duda alguna, y la diferencia entre la una y la otra reside únicamente en el punto de atención. Al presentarse la necesidad de hacer una clasificación integral y específica de las fuerzas políticas mundiales en un determinado período de tiempo, Lenin y Stalin efectuaron una investigación general de las diversas contradicciones fundamentales del mundo.

El paso del sistema capitalista al socialista en escala mundial cubre un largo y zigzagueante proceso lleno de complejas luchas y, en los diferentes períodos de este proceso, se producen necesariamente distintos reagrupamientos dentro de las fuerzas políticas mundiales. Es en función de la realidad objetiva de la lucha de clases a nivel mundial como el proletariado debe diferenciar las fuerzas políticas mundiales y, sobre esta base, determinar la estrategia y la táctica a seguir en la lucha de clases. En esta oportunidad, en bien de nuestra comprensión de la teoría sobre los tres mundos, no dejaría de ser instructivo echar una mirada retrospectiva a algunos antecedentes históricos de la for-

ma como Marx, Engels, Lenin, Stalin y el Presidente Mao diferenciaron las fuerzas políticas del mundo.

Al examinar la cuestión de la lucha de clases de diversos países en su tiempo, Marx y Engels siempre partían de la situación general de toda Europa y del mundo entero, aunque sus actividades revolucionarias se realizaban principalmente en Europa Occidental. Ellos, por primera vez en la historia, lanzaron el gran llamamiento: *“Proletarios de todos los países, uníos!”*, al tiempo que indicaron los inseparables vínculos que ligaban la causa del proletariado internacional con la lucha liberadora de las naciones oprimidas. Engels dijo: *“Una nación no puede hacerse libre mientras continúe oprimiendo a otras naciones. Por tanto, la liberación de Alemania no puede realizarse sin que se efectúe la liberación de Polonia de la opresión por parte de los alemanes”* ⁵². Marx dijo: *“Después de ocuparme durante largos años del problema irlandés, he llegado a la conclusión de que el golpe decisivo a las clases dominantes de Inglaterra (y ese golpe es de significado decisivo para el movimiento obrero del mundo entero) puede ser asestado **no en Inglaterra, sino solamente en Irlanda**”* ⁵³. Marx y Engels prestaron gran atención no solamente a la lucha por la independencia de naciones europeas como Polonia e Irlanda, sino también a la lucha por la independencia de China, India y otros países situados lejos de Europa. Siempre enfocaron el movimiento nacional concreto y las diversas fuerzas políticas desde el punto de vista de los intereses genera-

les del proletariado internacional. Por ejemplo, tal como lo indicó Lenin, “*Marx defendía la independencia de Polonia desde el punto de vista de los intereses de la democracia europea, en su lucha contra la fuerza y la influencia —podríamos decir fuerza todopoderosa y dominante influencia reaccionaria— del zarismo*” ⁵⁴. Engels dijo que uno de los méritos de Marx consistía precisamente en que fue él quien, antes que nadie, señaló en 1848 y, en adelante, subrayó más de una vez que, como el imperio ruso zarista constituía el bastión principal de las fuerzas reaccionarias de Europa, como venía abrigando ambiciones expansionistas respecto de Europa y buscaba hacer imposible el triunfo del proletariado europeo, “*el partido obrero de Europa Occidental se ve obligado a librar una guerra de vida o muerte con el zarismo ruso*” ⁵⁵. Hasta los últimos años de su vida, Marx y Engels tomaron constantemente el oponerse resueltamente o no a la política de agresión del imperio ruso zarista de aquel entonces como línea de demarcación para diferenciar las fuerzas políticas de Europa y juzgar si un movimiento nacional europeo debía ser respaldado o no por el proletariado internacional. Obviamente, al proceder así, no sólo no estaban echando al olvido la lucha de clases en el plano internacional, sino que, por el contrario, estaban velando por los intereses fundamentales del proletariado en esta lucha. ¿Qué debemos aprender de Marx y Engels en este terreno? Por lo menos lo siguiente: Primero, debemos, como Marx y Engels, saludar calurosamente el oleaje de

la gran revolución nacional, que atrae hoy día a todos los países oprimidos y estremece el mundo entero, y considerarlo como premisa importante y segura garantía para la victoria del proletariado internacional; y segundo, al igual que Marx y Engels, prestar atención constante a las contradicciones entre los países capitalistas y a la identificación del enemigo principal del movimiento obrero internacional y librar una lucha resuelta contra los bastiones principales de la reacción mundial en los momentos actuales: el socialimperialismo soviético y el imperialismo norteamericano.

Lenin fue, en la historia, el primero en señalar que el mundo había entrado en la época del imperialismo y de la revolución proletaria, el primero en fundar un país socialista de dictadura del proletariado y el primero en considerar la lucha antiimperialista de las naciones oprimidas como parte integrante del movimiento socialista del proletariado mundial, formulando la orientación estratégica de *“Proletarios y naciones oprimidas de todo el mundo, uníos”*. Ya en 1913, en su artículo *“Vicisitudes históricas de la doctrina de C. Marx”*, escribió: *“Aún no se habían cansado los oportunistas de ensalzar la ‘paz social’ y la posibilidad de, evitar las tormentas bajo la ‘democracia’, cuándo se abrió en Asia una nueva fuente de formidables tormentas mundiales. A la revolución rusa siguieron las revoluciones turca, persa y china. Hoy atravesamos precisamente la época de esas tormentas y de su ‘repercusión’ en Europa”*⁵⁶. En 1916, al tratar de la re-

lación entre el movimiento revolucionario del proletariado internacional y el de las naciones oprimidas escribió: *“La revolución social no puede advenir sino en la forma de un período en el cual la guerra civil del proletariado contra la burguesía en los países avanzados se une a toda una serie de movimientos democráticos y revolucionarios, comprendidos los movimientos de liberación nacional, en las naciones poco desarrolladas, atrasadas y oprimidas”* ⁵⁷. Estos puntos de vista de Lenin conservan su validez hasta la fecha.

Después de la Revolución de Octubre y el término de la Primera Guerra Mundial, Lenin hizo en 1920 el “Informe sobre la situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista” ante su II Congreso. En el informe, dividió con claridad en tres categorías los países del mundo, que entonces contaban con una población total de 1.750 millones de habitantes, y tomó esta división como punto básico de partida para determinar la estrategia y las tácticas del proletariado internacional. Dijo: *“Este es a grandes rasgos el cuadro del mundo, tal como se ve luego de la guerra imperialista. Mil doscientos cincuenta millones de habitantes de las colonias, oprimidos —países desmembrados como Persia, Turquía y China; países vencidos y reducidos a una situación colonial.* [Por estos últimos Lenin se refería al Imperio Austro Húngaro, Alemania y Bulgaria, así como a la Rusia soviética, igual mente sumida por la guerra *“en una situación equivalente a la colonial”* —N. de la Red.] No

más de doscientos cincuenta millones habitan en los países que se han mantenido en la situación anterior, pero todos dependientes económicamente de Norteamérica, como durante la guerra dependían en el plano militar, pues la guerra abarcó el mundo entero y no permitió a país alguno permanecer neutral realmente. Y por último: no más de doscientos cincuenta millones habitan países en los que sólo la cúspide, desde luego, sólo los capitalistas se beneficiaron con el reparto del mundo. [Lenin se refería aquí a países como EE.UU., Japón e Inglaterra —N. de la Red.]. ... He querido presentar este cuadro del mundo, pues todas las contradicciones básicas del capitalismo, del imperialismo, que conducen a la revolución, todas las contradicciones básicas del movimiento obrero, que condujeron a una lucha encarnizada contra la II Internacional, ... todo esto se relaciona con la división de la población del mundo”⁵⁸.

¡Qué magníficas son estas palabras de Lenin! Es como si estuvieran dirigidas a la propia realidad de hoy en cuanto a la clasificación de las fuerzas políticas mundiales. Como Lenin prestaba mucha atención a las contradicciones entre las naciones oprimidas y las opresoras y a las existentes entre los países imperialistas, dividió los diversos países del mundo en tres categorías y vinculó estrechamente esta división con todas las contradicciones básicas del mundo imperialista y con las existentes en el movimiento obrero internacional; esta idea suya es diametralmente

opuesta al oportunismo —“*el socialismo burgués*”⁵⁹ — de la II Internacional, que siempre menospreciaba la lucha de las naciones oprimidas. En dicho informe, Lenin no dividió a los países del mundo simplemente en dos categorías, capitalistas y socialistas, sino que incluyó a los distintos países del mundo capitalista en una u otra de las tres categorías: primera, los países víctimas de la opresión —los coloniales, los semicoloniales y los derrotados; segunda, los países que lograron mantenerse en su situación anterior; tercera, los países vencedores, que se beneficiaron con el reparto de los intereses del mundo. Al mismo tiempo, colocó a la Rusia socialista en la misma categoría que las naciones y países oprimidos. Lenin valoró en su pleno sentido el gran papel que jugaban los mil doscientos cincuenta millones de habitantes en la lucha revolucionaria antiimperialista del mundo: “*Mil doscientos cincuenta millones de personas que representan el 70 por ciento de la población del globo no pueden vivir en las condiciones de esclavización que quiere imponerles el ‘avanzado’ y civilizado capitalismo*”⁶⁰. Al referirse, poco antes de su fallecimiento, a la inevitabilidad de la victoria definitiva del socialismo en el mundo entero, Lenin insistió en la siguiente opinión: “*El desenlace de la lucha depende, en definitiva, del hecho de que Rusia, India, China, etc., constituyen la inmensa mayoría de la población del globo; y esta mayoría es la que se incorpora en los últimos años, con inusitada rapidez, a la lucha por su liberación, de modo que en este sentido*

no puede haber ni sombra de duda con respecto a la forma en que se decidirá la lucha mundial. En este sentido, la victoria definitiva del socialismo está plena y absolutamente asegurada” ⁶¹. Evidentemente, nadie, salvo los social-imperialistas soviéticos, que han traicionado completamente la causa de Lenin, se atreven a afirmar que estos puntos de vista de Lenin, imbuidos del espíritu del internacionalismo proletario y de la fe en la victoria del movimiento comunista, “desisten de los principios de clase”, “pregonan la reaccionaria geopolítica” ⁶², y otras cosas por el estilo. ¿Qué debemos aprender de Lenin en este aspecto? Como mínimo, lo que sigue: Debemos, al igual que Lenin, saludar y apoyar con entusiasmo el movimiento de liberación de las naciones oprimidas de Asia, África, América Latina y otras regiones del mundo, mirándolo como parte importante del movimiento revolucionario socialista del proletariado mundial; además, sobre la base de las nuevas relaciones internacionales entre las clases, dividir los países del mundo actual en tres nuevas categorías y considerar la lucha conjunta del proletariado internacional y de los pueblos del tercer mundo, que representan más del 70 por ciento de la población mundial, como plena y absoluta garantía para la victoria definitiva del socialismo en el mundo.

Después del fallecimiento de Lenin, Stalin defendió la tesis leninista según la cual el proletariado debe unirse con las naciones oprimidas y señaló que el movimiento de liberación nacional debía abarcar a todas

las fuerzas opuestas a la agresión imperialista, sin distinción de procedencia de clase ni de puntos de vista políticos. El dijo, a modo de ejemplo, que, a pesar de que el emir de Afganistán persistía en su monarquía y los jefes del movimiento de liberación nacional de Egipto pertenecían a la burguesía y se oponían al socialismo, las luchas que sostenían para lograr la independencia nacional de sus respectivos países eran, objetivamente, luchas revolucionarias, porque *“debilitan al imperialismo, lo descomponen, lo socavan”* ⁶³. Al criticar a la oposición trotskista, Stalin puntualizó: *“El tropiezo de la oposición, en este problema, consiste en haber roto definitivamente con esta tesis de Lenin, deslizándose a las posiciones de la II Internacional, que niega la conveniencia de apoyar las guerras revolucionarias de las colonias contra el imperialismo”* ⁶⁴.

En más de una ocasión Stalin habló del antagonismo entre el mundo capitalista y el socialista, pero al proceder a una clasificación específica de las fuerzas políticas mundiales en distintos períodos, se basó siempre en el conjunto de los cambios operados en la situación de la lucha de clases a escala internacional. Ya en el XV Congreso del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS, celebrado en 1927, él hizo la siguiente clasificación de las fuerzas políticas del mundo en aquellos momentos: *“Juzgad vosotros mismos. De los 1.905. 000.000 de habitantes de **todo el** **globo terrestre**, 1.134.000.000 viven en las colonias y*

en los países dependientes; 143.000.000, en la URSS; 264.000.000, en los países intermedios; y sólo 363.000.000, en los grandes países imperialistas, que oprimen a las colonias y a los países dependientes” ⁶⁵. En el XVIII Congreso del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS, celebrado en marzo de 1939, clasificó a Alemania, Italia y Japón como Estados agresores y a Inglaterra, Francia y EE.UU. como Estados no agresores. Cuando, en 1941, la Alemania hitleriana lanzó su ofensiva contra la Unión Soviética, procedió inmediatamente a hacer que ésta se aliara con EE.UU., Inglaterra y otros países para conformar el campo antifascista. El dijo en 1942: *“Ahora ya se puede considerar como algo indiscutible que, en el proceso de la guerra impuesta por la Alemania hitleriana a los pueblos, se ha producido una diferenciación radical de las fuerzas, se ha producido la formación de dos campos opuestos: el de la coalición ítalo-alemana y el de la coalición’ anglo-soviético-norteamericana”*. *“Por lo visto, la lógica de las cosas vale más que ninguna otra lógica”* ⁶⁶. Desde luego, hoy no se dan en el mundo ni una nueva coalición de Italia y Alemania ni otra de Inglaterra, la Unión Soviética y EE.UU., pero sí han surgido dos potencias hegemónicas, la Unión Soviética y EE UU., así como el frente único de los pueblos del mundo en contra de ellas. Lo único que quisiéramos destacar aquí es que tal proceder de Stalin en ese momento no afectó en lo más mínimo la existencia de la Unión Soviética como país socialista ni el desarrollo de

la lucha revolucionaria del proletariado internacional, sino que, por el contrario, representó precisamente la única política acertada para defender los intereses fundamentales de ese país socialista y del proletariado internacional. ¿Acaso podríamos censurar a Stalin por no haberse ceñido, en este caso, a la fórmula sobre el antagonismo entre el mundo capitalista y el socialista? ¿Acaso podríamos dudar del gran significado que implicaba la división de las fuerzas políticas del mundo en aquel entonces en un campo fascista y otro antifascista? ¿Acaso la división de las fuerzas políticas del mundo no debería regirse por la lógica de las cosas, sino por cierta lógica que estaría por encima de las cosas?

Igualmente podemos recordar aquí las siguientes afirmaciones hechas por Stalin en Problemas económicos del socialismo. en la URSS, obra escrita un año antes de su deceso: *“Se dice que las contradicciones entre el capitalismo y el socialismo son más fuertes que las contradicciones entre los países capitalistas. Teóricamente, eso es acertado, claro está”. “Sin embargo, la Segunda Guerra Mundial no empezó por una guerra contra la URSS, sino por una guerra entre países capitalistas”. “Por tanto, la lucha de los países capitalistas por los mercados y el deseo de hundir a sus competidores resultaron prácticamente más fuertes que las contradicciones entre el campo del capitalismo y el campo del socialismo”.* Señaló, además, que *“la inevitabilidad de las guerras entre los países capitalistas sigue existiendo”*⁶⁷. Hoy día, la ine-

vitabilidad de la guerra mundial se presenta principalmente como la inevitabilidad de una guerra entre EE.UU., país capitalista, y la Unión Soviética, país que ha restaurado el capitalismo. Por lo visto, no ha perdido su actualidad la tesis de que la lógica de las cosas vale más que ninguna otra lógica.

Todo lo dicho anteriormente permite ver que los maestros revolucionarios del proletariado dividieron las fuerzas políticas del mundo basándose en un análisis objetivo y penetrante de la situación en su conjunto de la lucha de clases internacional en los distintos períodos y no partiendo de una u otra fórmula inmutable. La teoría del Presidente Mao —el más grande marxista de nuestro tiempo— sobre la clasificación de las actuales fuerzas políticas del globo en tres mundos, es producto histórico de la observación y el análisis del desarrollo y el cambio de las diversas contradicciones básicas del mundo que durante largo tiempo hizo él aplicando de manera creadora el marxismo.

En su trabajo *Sobre la nueva democracia*, publicado en 1940, el Presidente Mao hereda, defiende y desarrolla' la tesis de Lenin y Stalin según la cual, después de la Primera Guerra Mundial y, sobre todo, con la Revolución de Octubre, el movimiento de liberación nacional de los diversos países pasa a ser parte integrante de la revolución mundial socialista proletaria. Allí él señala en términos explícitos: *“Sean cuales fueren las clases, partidos o individuos de una nación oprimida que se incorporen a la revolución, tengan o no conciencia de este punto, lo entiendan o no*

en el plano subjetivo, basta con que luchen contra el imperialismo para que su revolución sea parte de la revolución mundial socialista proletaria, y ellos mismos, aliados de ésta” ⁶⁸. ¿Corresponde o no este análisis del Presidente Mao a la realidad objetiva de la lucha de clases en el mundo? Obviamente, a nadie le cabe duda alguna. Por que, partiendo precisamente de este punto de vista, el Partido Comunista de China formó, en el período de la agresión del imperialismo japonés contra China, un frente único con todas las fuerzas antijaponesas —incluido el Kuomintang de Chiang Kaishek— y obtuvo así la victoria de la Guerra de Resistencia contra el Japón; luego de esta guerra, se unió con todas las fuerzas unibles —las fuerzas antiimperialistas y democráticas— y, de este modo, derrocó la dominación de los reaccionarios kuomintanistas y fundó la República Popular China, república de dictadura del proletariado.

Después del término de la Segunda Guerra Mundial, el imperialismo norteamericano armó un interminable griterío antisoviético. El Presidente Mao puso al descubierto, con extraordinaria perspicacia, la esencia de este griterío. Puntualizó: *“Los EE. UU. y la Unión Soviética están separados por una extensa zona en la que hay muchos países capitalistas, coloniales y semicoloniales, de Europa, Asia y África”*. *“En la actualidad, el significado real de la consigna norteamericana de una guerra antisoviética es la opresión del pueblo norteamericano y la expansión de las fuerzas agresivas de EE.UU. en el resto del mundo*

capitalista” ⁶⁹. El Presidente Mao llamó al pueblo norteamericano y a todos los países y pueblos amenazados por la agresión de EE.UU. a unirse para luchar contra la ofensiva de los reaccionarios norteamericanos y sus lacayos. ¿Correspondía o no este análisis del Presidente Mao a la realidad objetiva de la lucha de clases en el mundo por aquel entonces? Obviamente, a nadie le cabe duda alguna, pues este análisis fue confirmado por numerosos hechos históricos tanto de aquel momento como de tiempos posteriores.

Los acontecimientos del canal de Suez, producidos en 1956, revelaron la agudización de las contradicciones interimperialistas. Señaló entonces el Presidente Mao: *“Estos acontecimientos nos permiten ver dónde se halla el punto clave de las luchas en el mundo de hoy. Claro está que los países imperialistas viven contradicciones muy agudas con los países socialistas, pero lo que hacen ahora es tomar como pretexto la lucha contra el comunismo para disputarse esferas de influencia. . . En el conflicto que allí se vive convergen dos tipos de contradicciones y tres fuerzas distintas. Esos dos tipos de contradicciones son: primero, las contradicciones interimperialistas, o sea, las existentes entre EE. UU. e Inglaterra y entre EE. UU. y Francia y, segundo, las contradicciones entre las potencias imperialistas y las naciones oprimidas. De las tres fuerzas en juego, la primera es EE. UU., la mayor potencia imperialista; la segunda, Inglaterra y Francia, países imperialistas de segundo orden, y la tercera, las naciones oprimidas”* ⁷⁰.

¿Correspondía o no este análisis del Presidente Mao a la realidad objetiva de la lucha de clases en el mundo por aquel entonces? Obviamente, tampoco aquí le cabe a nadie duda alguna, pues dicho análisis fue igualmente confirmado por numerosos hechos históricos tanto de aquel momento como de tiempos posteriores.

No es difícil advertir que este análisis del Presidente Mao acerca de las tres fuerzas es justamente una anticipación de su teoría de los tres mundos planteada posteriormente. La diferencia entre el uno y la otra se debe principal mente a que en aquel entonces aún existía, mal que bien, un campo socialista. Pero más tarde, debido a la completa traición de la camarilla de Jruschov-Brezhnev a la causa del comunismo, la Unión Soviética vio restaurado el capitalismo y degeneró en un país socialimperialista. Si bien China y algunos otros países siguen siendo socialistas, ha desaparecido el campo socialista que existió en el pasado, y las circunstancias históricas no hacen necesaria la formación de un nuevo campo socialista. Mientras tanto, muchos países del campo imperialista han dejado de someterse al mandato de los EE.UU., e incluso se atreven a encararse abiertamente con ese país. La abrumadora mayoría de los países coloniales y semicoloniales de Asia, África y América Latina han proclamado sucesivamente su independencia como culminación de arduas luchas. Las diversas fuerzas políticas del mundo han pasado por una gran conmoción, una gran división y un gran reagrupamiento y enfrentan ahora una nueva situación histórica. En la

década del 60, la camarilla dominante soviética renegó irremediabilmente del socialismo; sin embargo, por un período determinado, el imperialismo norteamericano siguió siendo el enemigo número uno de los pueblos del mundo. No fue sino después de una serie de graves acontecimientos cuando la Unión Soviética, además de haberse convertido en una superpotencia imperialista que amenaza al mundo igual que EE.UU., llegó a ser la más peligrosa fuente de una guerra mundial. La traición de la camarilla dominante soviética provocó, de modo inevitable, una escisión de mayor o menor grado en el movimiento obrero internacional y en las filas de la lucha revolucionaria mundial contra el imperialismo, acarreándoles dificultades temporales. Frente a esto, ¿cuál es la solución? ¿Puede uno hacer la vista gorda ante todos los cambios operados durante este período y sostener que siguen existiendo en el mundo el campo imperialista y el socialista y tomar el antagonismo entre ambos como la contradicción principal en la política mundial? ¿O persistir en esa fórmula excluyendo únicamente del campo socialista a la Unión Soviética y algunos países dependientes de ella y considerar que, aparte de los países socialistas, todos los demás países conforman la reaccionaria banda del mundo capitalista? A todas luces, proceder así no serviría sino para impedir a los pueblos del mundo ver la verdad de las cosas y, por consiguiente, el justo rumbo de avance. Puesto que la actual situación internacional ha experimentado un enorme cambio, puesto que las fuerzas populares de los

diversos países ganan terreno día a día y los factores de la revolución van en constante aumento, se ha hecho necesario proceder a una nueva clasificación de las fuerzas políticas del mundo, a fin de elaborar una nueva estrategia mundial para el proletariado internacional y los pueblos oprimidos conforme a la nueva relación entre nosotros—el proletariado—, los amigos y los enemigos. La teoría de los tres mundos formulada por el Presidente Mao cumple precisamente esta necesidad.

La teoría del Presidente Mao sobre los tres mundos señala con claridad lo siguiente: Las dos superpotencias imperialistas —la Unión Soviética y EE.UU.—, que conforman el primer mundo, han llegado a ser los mayores explotadores, opresores y agresores en el plano internacional y el enemigo común de los pueblos del mundo entero; la disputa entre ellas conducirá inevitablemente a una nueva conflagración mundial. La disputa entre las dos potencias hegemónicas por la dominación del mundo, la amenaza que representan para todos los pueblos y la resistencia que éstos les oponen, han entrado a constituir el problema central de la actual política mundial. Los países socialistas, como pilar del proletariado internacional, y las naciones oprimidas, que son víctimas de la mayor explotación y opresión y representan la gran mayoría de la población del orbe, conformando unos y otras el tercer mundo, están colocados en las primeras filas de la lucha contra las dos potencias hegemónicas, la Unión Soviética y EE.UU., y constituyen la fuerza principal en la lucha

mundial contra el imperialismo y el hegemonismo. Los países desarrollados, que median entre el uno y el otro, integran el segundo mundo; al tiempo que oprimen y explotan a las naciones oprimidas, son víctimas del control y el atropello por parte de las superpotencias; se hallan en contradicción tanto con el primer mundo como con el tercero, tienen doble carácter y son fuerzas susceptibles de ser ganadas o unidas por el tercer mundo en la lucha antihegemonista. Esta teoría ha expuesto de modo sintético la situación estratégica de la más importante lucha de clases en el mundo de hoy, situación en que todos los pueblos del mundo forman una partida y las dos potencias hegemónicas —la Unión Soviética y EE.UU.—, la otra. Las luchas de clases de orden interno en los diversos países son de hecho inseparables de esta lucha de clases realizada a escala mundial. Por tanto, la diferenciación de los tres mundos constituye la síntesis cabal de las diversas contradicciones fundamentales del mundo actual. Esta tesis científica del Presidente Mao ha enriquecido la teoría sobre el desarrollo desigual del imperialismo y la inevitable conclusión en guerra de las contradicciones entre los países imperialistas, la teoría sobre el socialimperialismo, la teoría de acuerdo con la cual la lucha de las naciones oprimidas forma parte importante de la revolución socialista del proletariado mundial, la teoría según la cual el proletariado internacional, los países socialistas y el movimiento de liberación nacional deben apoyarse recíprocamente y la teoría so-

bre la estrategia y las tácticas de la revolución proletaria. Todo esto representa una gran contribución al marxismo-leninismo.

No tiene nada de extraño que esta brillante teoría del Presidente Mao haya sido atacada virulentamente por los socialimperialistas soviéticos. De ellos es imposible esperar que reconozcan que la Unión Soviética bajo su dominación se ha convertido en una superpotencia imperialista y la más peligrosa fuente de una guerra mundial, tan imposible como esperar que un renegado se reconozca como renegado y un agresor como agresor. Ellos lanzan furibundas maldiciones contra la teoría de los tres mundos acusándola de renunciar a la lucha de clases, de meter en el mismo saco a los países socialistas y a los capitalistas, etc., etc. De hecho, sus maldiciones se dirigen no solamente contra el gran marxista el Presidente Mao y el gran Partido Comunista de China, sino también contra los grandes maestros Marx, Engels, Lenin y Stalin. Como hemos podido observar, la diferenciación del Presidente Mao de los tres mundos, como principio, está en perfecta concordancia con la práctica de Marx y Engels, en la segunda mitad del siglo XIX, de tomar la actitud hacia la Rusia zarista como criterio para diferenciar las fuerzas políticas europeas, con la clasificación hecha por Lenin de los países del mundo en el período posterior a la Primera Guerra Mundial en tres categorías y con la división establecida por Stalin de los diversos países en Estados agresores y no agresores, en campo

fascista y campo anti-fascista, antes de la Segunda Guerra Mundial y durante ella, y, además, constituye un desarrollo lógico de sus tesis sobre la diferenciación de las fuerzas políticas mundiales. Es cierto que aquellos que maldicen frenéticamente la teoría de los tres mundos siguen auto denominándose “fieles continuadores” de la causa de Lenin, pero ¿acaso podemos juzgar a un individuo simple mente por la divisa que ostenta y no por su acción concreta? A juzgar por su acción concreta, ¿no son ellos mismos los que han traicionado la lucha de clases sostenida por el proletariado y han hecho degenerar un país socialista en capitalista?

En China, también ha habido frenéticos opositores a la teoría del Presidente Mao de los tres mundos; ellos son la “banda de los cuatro”, Wang Jung-wen, Chang Chun-chiao, Chiang Ching y Yao Wen-yuan. Ostentando las más “revolucionarias” divisas, se opusieron a que nuestro país apoyara al tercer mundo y se uniera con todas las fuerzas ‘unibles y a que asestáramos golpes al enemigo más peligroso. Ellos intentaron sabotear el establecimiento de un frente único internacional contra el hegemonismo e interfirieron en nuestra lucha antihegemonista, amoldándose a las necesidades del socialimperialismo soviético. Si bien sus actividades de zapa causaron nefastos efectos en determinadas esferas, nuestro Partido y nuestro Gobierno han seguido firme e invariablemente la línea revolucionaria trazada por el Presidente Mao para los asuntos exteriores. La “banda de los cuatro” en modo

alguno representa al pueblo chino, ellos son traidores despreciados por éste.

A pesar del acerbo odio que los socialimperialistas soviéticos y la “banda de los cuatro” sienten por la teoría de los tres mundos, ésta va siendo corroborada por más y más hechos objetivos de la política mundial de hoy y va mostrando, en consecuencia, un poderío creciente. Como señaló el Presidente Jua Kuo-feng en su informe político ante el XI Congreso Nacional del Partido Comunista de China, “la teoría del Presidente Mao sobre los tres mundos señala el rumbo fundamental de la actual lucha en el plano internacional y precisa cuáles son las fuerzas revolucionarias principales, cuáles los enemigos principales y cuáles las fuerzas intermedias, susceptibles de ser ganadas y unidas, de manera que, en la lucha de clases a escala mundial, el proletariado internacional pueda unirse con todas las fuerzas unibles y formar un frente único lo más amplio posible para combatir a los enemigos principales”. Esta definición estratégica responde tanto a las exigencias estratégicas de la lucha del proletariado internacional y de todos los pueblos y naciones oprimidos del mundo en nuestros días, como a las exigencias estratégicas de la lucha por la victoria del socialismo y del comunismo. Estimulará a los pueblos del mundo entero a unirse para conquistar la gran victoria de la lucha antiimperialista y antihegemonista aplicando políticas consecuentes y definidas.

CAPITULO V

FORMAR UN FRENTE UNICO INTERNACIONAL LO MAS AMPLIO POSIBLE PARA FRUSTRAR EL HEGEMONISMO DE LAS SUPERPOTENCIAS Y SU POLÍTICA DE GUERRA

La actual lucha sostenida por los pueblos del mundo entero contra el hegemonismo de las dos superpotencias y la lucha contra su política de guerra, constituyen los dos aspectos de un mismo combate. El hegemonismo es un medio al que recurren las dos superpotencias para preparar la guerra y, a la vez, el objetivo que persiguen al desatarla. El peligro de guerra derivado de la disputa entre la Unión Soviética y EE.UU. por la hegemonía mundial amenaza de modo cada día más grave a los pueblos del mundo. ¿Qué actitud debemos adoptar ante este problema?

El pueblo chino y los demás pueblos del mundo están resueltamente por la paz y contra una nueva guerra mundial. El pueblo chino tiene delante la grandiosa tarea de acelerar la construcción socialista y

de realizar las cuatro modernizaciones, para lo cual necesita apremiantemente un ambiente duradero de paz. Al igual que nosotros, la abrumadora mayoría de los países del mundo se opone a la guerra. Una nueva conflagración traería indudablemente a la humanidad catástrofes de gran magnitud, y nadie la quiere excepto un exiguo número de maníacos belicistas, que tratan de implantar su dominación exclusiva en el mundo. El Presidente Mao siempre dijo que nuestra actitud frente a una guerra mundial consistía en dos puntos: *En primer lugar, estamos en contra; en segundo, no la tememos*⁷¹. Decimos que no tememos la guerra, y esto, no porque ella sea de nuestro agrado ni porque creamos que sus destrucciones no son graves, sino porque el miedo no resuelve ningún problema y porque estamos firmemente convencidos de que la guerra jamás podrá acabar con la humanidad y, en cambio, ésta podrá, sin duda, hacer que aquélla desaparezca.

¿Cuáles son, entonces, nuestras tareas?

Primero, debemos advertir a los pueblos del peligro de la guerra. Las dos superpotencias están movilizándose con frenesí todas sus fuerzas en preparación de una guerra. ¿Por qué lo hacen así? Lenin ya respondió hace tiempo: La guerra se desprende de la naturaleza misma del imperialismo. “*‘El dominio mundial’ es el contenido de la política imperialista, cuya continuación es la guerra imperialista*”⁷². En una conversación con un dirigente de un país del tercer mundo, sostenida en 1974

, el Presidente Mao puntualizó: *“En el mundo existe el imperialismo. En nuestra opinión, Rusia se llama socialimperialismo, y este sistema social está preñado de guerra. No se trata de que ustedes, ni nosotros, ni el tercer mundo, ni los pueblos de los países ricos queramos una guerra mundial, sino de que ésta es una cosa independiente de la voluntad del hombre”* ⁷³. No somos fatalistas; pero creemos que el desarrollo de la historia se rige por leyes que le son propias. Puesto que la guerra contemporánea es producto del imperialismo, no es posible eliminar la guerra mundial sino llevando a cabo una revolución que derroque el sistema imperialista. Si se produce en los territorios de las dos superpotencias una revolución social que las convierta en dos países socialistas, la conflagración mundial será sin duda eliminada. Tal revolución se producirá tarde o temprano, pero, ya que todavía no se ha realizado, no tenemos razón alguna para aflojar nuestra vigilancia frente a una guerra mundial.

Como la disputa de las dos potencias hegemónicas —la Unión Soviética y EE.UU.— se hace más y más enconada y, sobre todo, como el socialimperialismo soviético se halla a la ofensiva en esta contienda, sus conflictos, al fin y al cabo, no pueden ser zanjados por medios pacíficos. En el curso de la enconada disputa de las dos superpotencias, a veces es posible que lleguen a cierto acuerdo para un fin determinado. El Presidente Mao dijo: *“Puede haber acuerdos, pero, a mi modo de ver, no serán tan sólidos. Serán temporales y, al mismo*

tiempo, engañosos. En el fondo mismo, la disputa sigue siendo lo principal” ⁷⁴. Y esta disputa conducirá inevitablemente a la guerra. En la actualidad, van en notable aumento los factores de la guerra. Las dos potencias hegemónicas intensifican sus respectivos preparativos bélicos al tiempo que cantan a voz en cuello viejas cantinelas como “distensión” y “desarme”. Cabe preguntar: ¿No sería mejor que, en lugar de cantar esas viejas cantilenas, destruyeran lisa y llanamente todo el gigantesco arsenal de que disponen? Pero, por el contrario, ellas hacen cuantiosas inversiones para seguir investigando y fabricando nuevas armas nucleares y misiles y para desarrollar las armas químicas y biológicas, del mismo modo que otras armas de mayor eficacia y capacidad mortífera. Las fuerzas armadas de la una y la otra han tomado las disposiciones necesarias para entrar en guerra y realizan constantemente toda clase de maniobras militares. Ambas partes tienen emplazadas en Europa Central sendas fuerzas de centenares de miles de efectivos. En los océanos, sus flotas navales se vigilan mutuamente. Enviando de manera constante nuevos espías a lo largo de la Tierra, poniendo continuamente en movimiento nuevos submarinos en las profundidades del mar y lanzando sin cesar nuevos satélites militares al espacio exterior, cada parte realiza labores de reconocimiento para descubrir los secretos militares de la otra y se halla lista para destruir de modo definitivo sus fuerzas bélicas. Todo

ello pone en plena evidencia que las dos superpotencias están preparándose activamente para una guerra total y que, en las actuales condiciones históricas, no existe la posibilidad de una paz duradera, siendo inevitable una nueva conflagración mundial.

Segundo, debemos hacer todos los esfuerzos por intensificar la lucha antihegemonista, o sea, luchar por postergar la guerra y reforzar en esta lucha las propias fuerzas de defensa de los pueblos.

Las dos potencias hegemónicas están empeñadas activamente en los preparativos para una nueva conflagración y en la disputa por la hegemonía mundial. Esta es su orientación, la que no cambiarán en absoluto, y nadie debe forjarse ilusiones al respecto. Sin embargo, no les resultará fácil salirse con la suya, pues no pueden por menos de tropezar con toda clase de serias dificultades y obstáculos. En comparación con las guerras del pasado, una guerra contemporánea de gran envergadura no es, ni mucho menos, un simple problema militar aislado, y su preparación no puede sino estar estrechamente entrelazada con los factores de política interna, finanzas, economía, relaciones exteriores, etc. Al expandir frenéticamente su costosa maquinaria de guerra, la Unión Soviética y los EE.UU. vienen acrecentando, como algo inevitable, la opresión y explotación de sus pueblos, lo cual agrava sus respectivas contradicciones económicas, así como las contradicciones de clase y las contradicciones entre na-

cionalidades dentro de uno y otro país. Al perpetrar por todas partes actividades de agresión y expansión y acelerar sus disposiciones de estrategia global, vienen violando por doquier los derechos soberanos y los intereses de otros países, haciendo recrudecer así las contradicciones entre ellas y esos países y pueblos. Por tanto, en el curso de su preparación para la guerra, sus crisis, tanto de orden interno como de orden externo, no pueden sino ir agudizándose. Todo esto terminará inevitablemente por desbarajustar el horario de su preparación para desatar la guerra.

El Presidente Mao dijo: “*EE. UU. es un tigre de papel. No crean en él, pues se romperá de una estocada. La Unión Soviética revisionista también es un tigre de papel*” ⁷⁵. La política del imperialismo norteamericano destinada a establecer la hegemonía en el mundo ha sido objeto, desde hace mucho, de una heroica resistencia de los pueblos de los diversos países. Ahora, EE.UU. sigue haciendo lo imposible para defender sus intereses creados en todos los continentes. Ya que tiene tantas cosas que defender, la línea de su frente es demasiado larga y, “*sujetando diez pulgas con los diez dedos*” ⁷⁶—como lo describía el Presidente Mao—, ha quedado estratégicamente en la pasividad. El socialimperialismo soviético se halla, en cambio, a la ofensiva, pero, “*la ofensiva a que se encuentra entraña la derrota*” ⁷⁷. Allí donde sus garras de agresor permanecen extendidas por cierto tiempo, indudablemente se pone al descubierto su máscara y se

levanta una lucha contra él. En los últimos años, a efectos de su disputa por las alas de Europa, gastó ingentes energías en el mar Mediterráneo, el Medio Oriente, la zona del mar Rojo, las costas este y oeste de África y las orillas del océano Indico, pero terminó en sucesivos y deshonrosos fracasos. Su desembozada política de fuerza y su diplomacia de cañoneras han tropezado con la creciente oposición de los pueblos del mundo. No obstante haber hecho los máximos esfuerzos por la expansión armamentista y los preparativos bélicos, la Unión Soviética, que abriga tan enormes ambiciones, *“es incapaz de hacer frente a Europa, el Medio Oriente, Asia Meridional, China y el océano Pacífico”*, y, sin lugar a dudas, *“su fuerza está por debajo de su voracidad”* ⁷⁸.

Los tropiezos y reveses que han sufrido las dos potencias hegemónicas demuestran que, en medio de esta excelente situación internacional, redoblar la lucha antihegemonista, desbaratar cada una de las disposiciones de guerra de las dos potencias hegemónicas y aplazar el estallido de una guerra mundial, no sólo es el deseo común de todos los pueblos del mundo, sino que cuenta con posibilidades reales. La guerra mundial es inevitable, pero puede ser aplazada. A fin de prevenimos contra el ataque sorpresivo de los incendiarios de esa guerra, es indispensable exigir que nuestro trabajo de defensa esté listo para enfrentar una guerra que se desencadene pronto y en gran escala, pero esto no quiere decir que la guerra vaya infaliblemente a estallar mañana mismo. Para retardar la guerra, el quid

de la cuestión no reside en las negociaciones y acuerdos que tanto pregonan ciertas gentes, sino en la lucha antihegemomsta que sostienen unidos los pueblos de los diversos países.

La historia ha comprobado repetidas veces que la lucha conjunta de los pueblos constituye la fuerza principal para hacer fracasar a los incendiarios belicistas. Siempre que los pueblos de los diversos países se esfuercen por intensificar los preparativos de orden material y organizativo para enfrentar la guerra de agresión, sigan de cerca y se empeñen en frustrar las actividades de agresión y de expansión de las dos potencias hegemónicas —la Unión Soviética y EE.UU.—, sin permitirles que violen la soberanía de su propio país ni de los demás países, sin permitirles que ocupen su territorio, sus aguas jurisdiccionales y los lugares y vías estratégicos ni recurran a la fuerza armada, la amenaza con la fuerza armada u otros medios para intervenir en sus asuntos internos, y siempre que se precavan rigurosamente contra las maquinaciones subversivas de esas potencias y contra las intrigas militares, políticas y económicas encubiertas por la “ayuda” y no les dejen establecer, expandir, repartirse ni disputarse esferas de influencia en ningún lugar del mundo, podrán de seguro aplazar el estallido de una guerra mundial por parte de las dos potencias hegemónicas y, en caso de que se desate ésta, encontrarse en una situación de suficiente preparación y en una posición relativamente favorable. A este efecto,

todos los países y pueblos del tercero y segundo mundos, que son objeto de la amenaza de las dos potencias hegemónicas, deben, ante todo, elevar el espíritu de intrepidez, tener la seguridad de que cualquier superpotencia, por arrogante que sea, puede ser derrotada, no temer al chantaje ni dejarse engañar, persistir en salvaguardar su propia independencia, sus intereses y seguridad, apoyarse principalmente en sus propias fuerzas y, al mismo tiempo, reforzar enérgicamente el apoyo mutuo en pie de igualdad y unirse con todas las fuerzas unibles para llevar hasta el fin la lucha antihegemonista.

Tercero, es imperativo intensificar la lucha contra la política de apaciguamiento, porque esta política no puede sino acelerar el estallido de la guerra. En Occidente hay quienes aplican tal política para con la Unión Soviética. Algunos de ellos pretenden por todos los medios encontrar una fórmula “ideal” que se base en compromisos y concesiones ante la expansión y la amenaza soviéticas, poniendo por delante postulados como la “doctrina Sonnenfeldt”, con la ilusión de satisfacer así las ambiciones de los agresores y conseguir, al menos, una tranquilidad pasajera; otros piensan en utilizar cuantiosos préstamos, un comercio de gran volumen, explotación conjunta e intercambio tecnológico para dar una “base material” a la llamada cooperación pacífica destinada a evitar la guerra; otros más intentan derivar hacia Oriente el peligro que encierra la Unión Soviética y deshacerse de él sacrifi-

ficando la seguridad de otros países. Sin embargo, ¿no son todas estas estratagemas copia de fórmulas ya empleadas en la historia de la guerra que resultaron completamente fallidas? En su tiempo, Chamberlain, Daladier y sus semejantes cocinaron el Acuerdo de Munich sacrificando a Checoslovaquia; pero, ¿lograron con ello detener o aflojar los pasos de Hitler, que procuraba una yarda después de haber tomado una pulgada? Si es cierto que Hitler invadió Polonia dirigiéndose hacia Oriente, ¿no lo es igualmente que, acto seguido, ocupó Francia y volviéndose hacia Occidente? Los EE.UU., Inglaterra y Francia transfundieron sangre e insuflaron aire a Alemania y al Japón, proporcionándoles ayuda y préstamos y vendiéndoles material de guerra, y ¿acaso esto los condujo a preservarse a sí mismos? Por supuesto, las negociaciones norteamericano-soviéticas sobre el desarme, las negociaciones sobre el desarme en Europa Central, la conferencia sobre seguridad y cooperación de Europa, así como otras actividades semejantes, son hoy día más frecuentes que antes de la Segunda Guerra Mundial. No obstante, con la intensificación de los esfuerzos por estas conferencias y negocios, ¿acaso se ha relajado y no agravado la crisis de guerra en Europa? ¿Acaso se ha reducido y no incrementado la cantidad de todo tipo de armas amontonadas a ambos lados del frente europeo? Mientras más grata suene al oído la cantinela sobre la distensión y más intensas sean las actividades de apaciguamiento, mayor será el peligro de guerra. Esto no es sensacionalismo de nadie, sino una

verdad que ha sido corroborada numerosas veces por la historia. Ya es hora de que despejen su cabeza esos partidarios del apaciguamiento.

Si, finalmente, estalla la guerra, el resultado no será, sin lugar a dudas, conforme al deseo unilateral de los incendiarios de la guerra, sino al revés. En la actualidad, cada una de las dos potencias hegemónicas se prepara para recurrir a ataques sorpresivos en la guerra a fin de eliminar de un golpe las fuerzas bélicas de la otra. Sin embargo, su objetivo es muy difícil de conseguir, ya que ambas partes han venido realizando intensos preparativos para prevenir este tipo de ataques. En el curso del desarrollo de la guerra, ineluctablemente ocurrirán, en diversas partes del mundo, numerosos cambios, que serán difíciles de prever y controlar por las dos potencias hegemónicas, y los pueblos de los diversos países encontrarán, sin duda alguna, muchas ocasiones para organizar guerras contra la agresión. Estas impetuosas guerras contra la agresión no podrán ser sofocadas, y los pueblos del mundo, mediante sus prolongados esfuerzos aunados, eliminarán finalmente a los incendiarios de la guerra. Justamente como señaló el Presidente Mao, *“puede afirmarse que si, a pesar de todo, los imperialistas desencadenan una tercera guerra mundial, como resultado de ésta otros centenares de millones pasarán inevitablemente al lado del socialismo, y a los imperialistas no les quedará mucho espacio en el mundo; incluso es probable que se derrumbe por completo todo el sistema imperialista”*⁷⁹.

En resumidas cuentas. quienquiera que se atreva a provocar una conflagración mundial, será objeto de la más firme oposición y los más resueltos golpes por parte de los pueblos del mundo entero, así como del pueblo de su propio país, y se hundirá irremediablemente en la hecatombe definitiva.

Ya en 1968 el Presidente Mao indicó: El revisionismo soviético y el imperialismo norteamericano *“han perpetrado tantas fechorías e infamias que los pueblos revolucionarios del mundo entero no los perdonarán. Están alzándose los pueblos de los diversos países. Ha comenzado un nuevo período histórico, el de la lucha contra el imperialismo norteamericano y el revisionismo soviético”* ⁸⁰. Actualmente, se robustecen diariamente las fuerzas mundiales que se oponen al hegemonismo de las dos superpotencias y está tomando cuerpo un amplísimo frente único internacional antihegemonista. En este frente, los países socialistas y el proletariado internacional se hallan en las primeras filas de la lucha, denuncian y combaten firmemente la política de agresión y de guerra de las dos potencias hegemónicas y respaldan los esfuerzos aunados de todos los países y pueblos víctimas de su agresión y amenaza. Los numerosos países y pueblos del tercer mundo, en salvaguardia de su independencia, soberanía y seguridad, están sosteniendo una lucha de medida por medida contra las superpotencias. Los pueblos del primero y segundo mundos también experimentan un creciente despertar y despliegan luchas de múltiples for-

mas contra las dos potencias hegemónicas. Cobra impulso la lucha de los países del segundo mundo contra el control de las dos potencias hegemónicas, la Unión Soviética y EE.UU., particularmente contra la amenaza bélica de la primera y se acentúa la propensión de aquellos países a su propia cohesión y a su unión con el tercer mundo. Todo esto evidencia que la unión de todas las fuerzas mundiales que se oponen a las dos potencias hegemónicas, unión destinada a reforzar su lucha, constituye la tendencia principal en el desarrollo de la actual situación internacional. Esta tendencia viene demostrando cada día más la justeza de la teoría del Presidente Mao sobre los tres mundos y su poderío como pensamiento-guía para el proletariado internacional en sus esfuerzos por conformar, junto con los pueblos del mundo entero, un amplísimo frente único internacional antihegemonista.

Formar un frente único lo más amplio posible en la lucha revolucionaria a escala mundial para atacar al enemigo principal es una política revolucionaria seguida de manera consecuente por el proletariado internacional. Lenin enseñó: *“Sólo se puede vencer a un enemigo más poderoso poniendo en tensión todas las fuerzas y aprovechando obligatoriamente con el mayor celo, minuciosidad, prudencia y habilidad la menor ‘fisura’ entre los enemigos, toda contradicción de intereses entre la burguesía de los distintos países, entre los diferentes grupos o categorías de la burguesía en el interior de cada país; hay que aprovechar asimismo las*

menores posibilidades de lograr un aliado de masas, aunque sea temporal, vacilante, inestable, poco seguro, condicional. El que no comprende esto, no comprende ni una palabra de marxismo ni de socialismo científico, contemporáneo, en general” ⁸¹. La experiencia de la revolución del proletariado y de las naciones oprimidas ha probado reiteradas veces que sólo aplicando correctamente esta política se puede poner en acción un gigantesco ejército revolucionario de millones y millones de hombres, de tal modo que se concentren las fuerzas para golpear al enemigo principal y conseguir la victoria de la revolución. Actuar en contra de esta política significaría empujar a las fuerzas ganables hacia el bando del enemigo, engrosando así las filas de éste y aislándonos a nosotros mismos, lo que conduciría la revolución al fracaso.

La camarilla de renegados revisionistas soviéticos ha calumniado de modo virulento el empeño de establecer un frente único internacional en contra de las dos potencias hegemónicas, la Unión Soviética y EE.UU., tildándolo de “organizar un bloque y una alianza político-militares con el imperialismo y todos los demás reaccionarios” ⁸². Tales calumnias comprueban, desde el ángulo adverso, la justeza de esta política. Dicha camarilla tiene mucho miedo a que los pueblos del mundo se valgan de esta arma mágica revolucionaria — el frente único— para enfrentarla a ella. Con palabrasseudorrevolucionarias intenta inducir a los pueblos revolucionarios a adoptar una actitud de “puertas cerra-

das”. Para el Partido Comunista de China y el pueblo chino, no son en absoluto desconocidas estas baratijas de “puertas cerradas”, que descartan a los aliados. En vísperas de la Guerra de Resistencia contra el Japón, el Presidente Mao les hizo ya críticas penetrantes, puntualizando: *“En cambio, la táctica de ‘puertas cerradas’ es la del ‘aislamiento imperial’. La actitud de ‘puertas cerradas’ ‘empuja los peces hacia las aguas profundas y los pájaros hacia el bosque’; ella empujará a los ‘millones y millones de hombres de las masas populares’, a ese ‘gigantesco ejército’, hacia el bando del enemigo, ganándose así el aplauso de éste”*⁸³. Estas críticas a la actitud de “puertas cerradas” fueron cálidamente apoyadas por todo el pueblo chino. Pero los trotskistas salieron a la palestra para lanzar ataques, -alegando calumniosamente que la política de frente único nacional antijaponés del Partido Comunista de China significaba “reclamar ‘un frente unido’ con los burócratas, los politicastros, los caudillos militares y hasta con los verdugos de las masas”, “abandonar la posición de clase” y otras cosas por el estilo. El gran pensador Lu Sin los reprendió poniendo el dedo en la Haga: “La ‘teoría’ de ustedes es, efectivamente, muy superior a la del señor Mao Tsetung y compañeros, y más que superior, resulta sencillamente que la una está en el cielo, mientras la otra está en la tierra. No obstante, por más admiración que esta superioridad despierte, es lamentable que quienes la acogen sean nada menos que los agresores japoneses. Por consiguiente, es inevitable que esta superioridad caiga

del cielo para ir a parar al más inmundo lugar de la tierra Me permito advertirles que esa suprema teoría de ustedes no será acogida por las masas populares de China y que sus acciones contrarían la norma de virtud que hoy observan los chinos” ⁸⁴. Al releer hoy las sentencias de Lenin, del Presidente Mao y de Lu Sin, ¿no percibimos que las afiladas puntas de sus lanzas están penetrando justamente en las entrañas de los renegados revisionistas soviéticos?

La teoría del Presidente Mao sobre los tres mundos ha atraído grandemente la atención de todas las fuerzas del mundo que se oponen a las superpotencias. ¿A qué se debe esto? Se debe, primero, a que ella infunde gran confianza al proletariado internacional y a los pueblos de los países socialistas, permitiéndoles ver con nitidez la relación fundamental existente entre los tres tipos de fuerzas en el mundo actual, es decir, la relación entre nosotros —el proletariado—, los amigos y los enemigos, y permitiéndoles, al mismo tiempo, vislumbrar las perspectivas de la victoria de la lucha antiimperialista y antihegemónica y de la causa del comunismo; segundo, a que comunica gran confianza a las amplias masas populares y a los numerosos países del tercer mundo, ayudándoles a ver su extraordinaria fuerza y a comprender que en su lucha no sólo cuentan con el seguro apoyo de los países socialistas y del proletariado internacional y con la solidaridad de los pueblos del primer mundo y del segundo, sino que también pueden procurar cierta cooperación de los paí-

ses del segundo mundo y explotar las contradicciones existentes entre las dos superpotencias; y tercero, a que, además de transmitir grandes esperanzas a las amplias masas populares del primero y segundo mundos, esta teoría señala una salida a todas aquellas fuerzas políticas de los países del segundo mundo que, amenazadas por la agresión de las dos superpotencias, se esfuerzan por salvaguardar los derechos soberanos y la existencia de sus naciones. En fin, la fuerza de esta teoría proviene del hecho de que corresponde a la, realidad objetiva de la política mundial e ilumina el hermoso futuro de la humanidad.

El Presidente Mao siempre depositó ilimitadas esperanzas en los pueblos de los diversos países del mundo. Dijo: *“Las vastas masas populares de la Unión Soviética, la inmensa mayoría de los miembros de su Partido y de sus cuadros son buenos y quieren la revolución; la dominación de los revisionistas no durará mucho tiempo”* ⁸⁵. En otra ocasión expresó: *“Deposito gran esperanza en el pueblo norteamericano”* ⁸⁶. Con respecto al pueblo japonés, el Presidente Mao afirmó: *“Por más sinuoso que sea el camino de su lucha, es luminoso el porvenir del pueblo japonés”* ⁸⁷. En una entrevista con personalidades de África y América Latina, manifestó: *“Estando todos nosotros en un mismo frente de combate, es imprescindible que nos unamos y nos apoyemos”*. *“Los pueblos del mundo, incluido el pueblo norteamericano, son todos amigos nuestros”* ⁸⁸. Es obvio que por pueblos del mundo el Presidente Mao se refería, ante

todo, al proletariado internacional.

Hace más de un siglo, Marx y Engels, grandes maestros de la revolución proletaria mundial, señalaron en su Manifiesto del Partido Comunista que “*la burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros*”⁸⁹. Para cumplir su gran misión histórica de sepultar el sistema capitalista, que frecuentemente fabrica guerras mundiales, hoy el proletariado internacional tiene que hacer los mayores esfuerzos por formar, consolidar y ampliar el frente único internacional en contra de las dos potencias hegemónicas, la Unión Soviética y EE.UU., y desempeñar plenamente, dentro de este frente, su papel de núcleo. Marx y Engels dijeron: “Los comunistas luchan por alcanzar los objetivos e intereses inmediatos de la clase obrera: pero, al mismo tiempo, defienden también, dentro del movimiento actual, el porvenir de este movimiento”⁹⁰. La victoria de la lucha mundial antihegemonista y la victoria de la lucha del proletariado internacional por la causa del socialismo y el comunismo son idénticas en sus intereses fundamentales. El capitalismo ha entrado en su fase de moribundo y decadente imperialismo y las dos superpotencias, manchadas de sangre, se han precipitado al fondo de la gigantesca red que ellas mismas han tendido en todo el globo. Ya no está muy lejano el día en que el proletariado internacional, sepulturero de la burguesía, y sus íntimos aliados —los pueblos y naciones oprimidos— se despojen de sus cadenas y ganen todo un mundo.

¡Proletarios y naciones oprimidas de todo el mundo, uníos! ¡Países víctimas de la agresión, intervención, control, subversión y atropello de las dos potencias hegemónicas, la Unión Soviética y EE.UU., uníos! ¡La victoria será de todos los pueblos del mundo en lucha contra las dos potencias hegemónicas!

NOTAS

¹ V. I. Lenin: “El proletariado revolucionario y el derecho de las naciones a la autodeterminación”, *Obras completas*, t. XXI.

² Revista norteamericana *Fortune*, núms. de mayo y julio de 1977.

³ *Survey of Current Business*, de EE.UU., núm. de agosto de 1977.

⁴ V. I. Lenin: “El imperialismo, fase superior del capitalismo”, *Obras escogidas*, t. II.

⁵ Informe del Presidente de EE.UU. sobre la economía internacional, presentado al Congreso en enero de 1977.

⁶ *Survey of Current Business*, de EE.UU., núm. de agosto de 1977.

⁷ Citado de *Jeo-o-jehad* (semanario hindú de la ciudad de Jammu), diciembre de 1973, y del folleto *India today*, editado en abril de 1974 por la Asociación de Obreros Hindúes en Inglaterra.

⁸ *Compendio estadístico del comercio exterior de la URSS*, 1970-1976.

⁹ *Le Monde*, de Francia, 18 de abril de 1974.

¹⁰ *Money Manager*, de EE.UU., 14 de abril de 1974.

¹¹ Palabras de O. Bogomolov, en la revista *Problemas de la Paz y el Socialismo*, núm. 6 de 1974.

¹² *U. S. News and World Report*, 1º de agosto de 1977.

¹³ V. I. Lenin: “El socialismo y la guerra”, *Obras escogidas*, t. II.

¹⁴ V. I. Lenin: “La guerra y la revolución”, *Obras escogidas*, t. III.

¹⁵ V. I. Lenin: “El imperialismo y la escisión del socialismo”, *Obras escogidas*, t. II.

¹⁶ Discurso pronunciado por Brezhnev el 7 de octubre de 1975 en el acto de celebración del 250º aniversario de la fundación de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética.

¹⁷ Informe de Brezhnev ante el XXV Congreso del PCUS.

¹⁸ *The military balance 1977-1978*, publicado por el Instituto Internacional para Estudios Estratégicos, Londres.

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ V. D. Sókolovski: “La estrategia militar”.

²¹ V. I. Lenin: “El socialismo y la guerra”, *Obras escogidas*, t. II.

²² J. V. Stalin: “En torno a la cuestión nacional en Yugoslavia”, *Obras completas*, t. VII.

²³ Mao Tsetung: “La revolución china y el Partido Comunista de China”, *Obras escogidas*, t. II.

²⁴ Palabras del Presidente Mao pronunciadas en febrero de 1974.

²⁵ Mao Tsetung: “En memoria del Dr. Sun Yat-sen”, *Obras escogidas*, t. V.

²⁶ Discurso pronunciado por el Presidente Mao en abril de 1956 ante una reunión ampliada del Buró Político del CC del PCCh.

²⁷ Palabras del Presidente Mao citadas por el camarada Chou En-lai en su *Informe ante el X Congreso Nacional del Partido Comunista de China*.

²⁸ Conversación sostenida por el Presidente Mao el 7 de mayo de 1960 con personalidades y representantes de diversos círculos sociales de 12 países y territorios de África.

²⁹ Palabras del Presidente Mao pronunciadas en octubre de 1970.

³⁰ “Algunos problemas relativos a la formación de los precios en el mercado socialista mundial”, revista trimestral búlgara *Mezhdunarodni Otnoshenia*, núm. 4 de 1974.

³¹ “Las relaciones socialistas de producción en el plano internacional y el principio de distribución según el trabajo”, revista búlgara *Ekonomicheska Misl*, núm. 8 de 1975.

³² “Países miembros del CAME en camino a la integración económica”, revista húngara *Gazdasagi Szemle*, núm. 9 de 1974.

³³ “Problemas teóricos de la profundización ulterior de la integración económica socialista de los países miembros del CAME”, *Wirtschafts Wissenschaft* (revista mensual de la República Democrática Alemana), núm. 4 de 1977.

³⁴ Véase nota 32.

³⁵ Mao Tsetung: “A propósito de nuestra política”, *Obras escogidas*, t. II.

³⁶ F. Engels: “Socialismo en Alemania”, *Obras completas de C. Marx y F. Engels*, t. XXII.

³⁷ F. Engels: “Carta a A. Bebel”, *Obras completas de C. Marx y F. Engels*, t. XXXVIII.

³⁸ Véanse las tres cartas de V. I. Lenin a Inessa Armand, *Obras completas*, t. XXXV.

³⁹ V. I. Lenin: “Acerca del folleto de Junius”, *Obras escogidas*, t. II.

⁴⁰ V. I. Lenin: “El imperialismo, fase superior del capitalismo”, *Obras escogidas*, t. II.

⁴¹ V. I. Lenin: “Carta abierta a Boris Suvarin”, *Obras completas*, t. XXIII.

⁴² Palabras del Presidente Mao pronunciadas en septiembre de 1973; el Presidente Mao expresó esta misma idea en otras ocasiones: noviembre de 1973 y abril de 1975.

⁴³ F. Engels: “Carta a A. Bebel”, *Obras completas de C. Marx y F. Engels*, t. XXXVIII.

⁴⁴ V. I. Lenin: “Balance de una discusión sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación”, *Obras escogidas*, t. II.

⁴⁵ J. V. Stalin: “Los fundamentos del leninismo”, *Obras completas*, t. VI.

⁴⁶ Mao Tsetung: “Declaración de apoyo a los negros norteamericanos en su justa lucha contra la discriminación racial del imperialismo norteamericano”, 8 de agosto de 1963.

⁴⁷ Mao Tsetung: “Problemas tácticos actuales en el frente único antijaponés”, *Obras escogidas*, t. II.

⁴⁸ V. I. Lenin: “IX Congreso de los Soviets de Rusia”, *Obras completas*, t. XXXIII,

⁴⁹ J. V. Stalin: “Dos campos”, *Obras completas*, t. IV.

⁵⁰ V. I. Lenin: “II Congreso de la Internacional Comunista: Informe de la comisión nacional y colonial”, *Obras escogidas*, t. IV.

⁵¹ J. V. Stalin: “Los fundamentos del leninismo”, *Obras completas*, t. VI.

⁵² C. Marx y F. Engels: “Sobre Polonia”, *Obras escogidas de C. Marx y F. Engels*, t. I.

⁵³ C. Marx: “Carta a S. Meyer y a A. Vogt”, *Obras escogidas de C. Marx y F. Engels*, t. IV.

⁵⁴ V. I. Lenin: “Balance de una discusión sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación”, *Obras escogidas*, t. II.

⁵⁵ F. Engels: “Política exterior del zarismo ruso”, *Obras completas de C. Marx y F. Engels*, t. XXII.

⁵⁶ V. I. Lenin: “Vicisitudes históricas de la doctrina de C. Marx”, *Obras escogidas*, t. II.

⁵⁷ V. I. Lenin: “Sobre la caricatura del marxismo y el ‘economismo imperialista’ ”, *Obras completas*, t. XXIII.

⁵⁸ V. I. Lenin: “II Congreso de la Internacional Comunista: Informe sobre la situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista”, *Obras escogidas*, t. IV.

⁵⁹ *Ibid.*

⁶⁰ *Ibid.*

⁶¹ V. I. Lenin: “Más vale poco pero bueno”, *Obras escogidas*, t. IV.

⁶² Revista soviética *Mezhdunarodnaya Zhizn*, núm. 6 de 1974.

⁶³ J. V. Stalin: “Los fundamentos del leninismo”, *Obras completas*, t. VI.

⁶⁴ J. V. Stalin: “XV Congreso del PC (b) de la URSS: Informe político del Comité Central”, *Obras completas*, t. X.

⁶⁵ *Ibid.*

⁶⁶ J. V. Stalin: “XXV aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre”, *Prauda*, 7 de noviembre de 1942.

⁶⁷ J. V. Stalin: *Problemas económicos del socialismo en la URSS*.

⁶⁸ Mao Tsetung: “Sobre la nueva democracia”, *Obras escogidas*, t. II.

⁶⁹ Mao Tsetung: “Conversación con la corresponsal norteamericana Anna Louise Strong”, *Obras escogidas*, t. IV.

⁷⁰ Mao Tsetung: “Discurso en una conferencia de secretarios de comités provinciales, municipales y de región autónoma del Partido”, *Obras escogidas*, t. V.

⁷¹ Mao Tsetung: “Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo”, *Obras escogidas*, t. V.

⁷² V. I. Lenin: “Sobre la caricatura del marxismo y el ‘economismo imperialista’ ”, *Obras completas*, XXIII.

⁷³ Palabras del Presidente Mao pronunciadas en febrero de 1974.

⁷⁴ *Ibid.*

⁷⁵ Palabras del Presidente Mao pronunciadas en enero de 1964.

⁷⁶ Palabras del Presidente Mao pronunciadas en octubre de 1975.

⁷⁷ Palabras del Presidente Mao pronunciadas en septiembre de 1975.

⁷⁸ Palabras del Presidente Mao pronunciadas en mayo de 1974.

⁷⁹ Mao Tsetung: “Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo”, *Obras escogidas*, t. V

⁸⁰ Mensaje del Presidente Mao a los dirigentes de Albania, 17 de septiembre de 1968.

⁸¹ V. I. Lenin: “La enfermedad infantil del ‘izquierdismo’ en el comunismo”, *Obras escogidas*, t. IV.

⁸² Revista soviética *Kommunist*, núm. 12 de 1975.

⁸³ Mao Tsetung: “Sobre la táctica de la lucha contra el imperialismo japonés”, *Obras escogidas*, t. I.

⁸⁴ Lu Sin: “Respuesta a una carta de los trotskistas”, *Obras completas*, t. VI.

⁸⁵ Discurso pronunciado por el Presidente Mao el 30 de enero de 1962 en una conferencia (ampliada) de trabajo del CC del PCCh.

⁸⁶ Palabras del Presidente Mao pronunciadas en diciembre de 1970.

⁸⁷ Conversación sostenida por el Presidente Mao con amigos japoneses, publicada en *Renmin Ribao*, 8 de octubre de 1961.

⁸⁸ Conversación sostenida por el Presidente Mao con delegaciones sindicales y delegaciones femeninas de 14 países y territorios de América Latina y África, publicada en *Renmin Ribao*, 4 de mayo de 1960.

⁸⁹ C. Marx y F. Engels: “Manifiesto del Partido Comunista”, *Obras escogidas de C. Marx y F. Engels*, t. I

⁹⁰ *Ibid.*

INDICE

Presentación	7
CAPITULO I: La dos potencias hegemónicas, la Unión Soviética y EE.UU., son los enemigos comunes de todos los pueblos del mundo; la Unión Soviética es la más peligrosa fuente de una guerra mundial	19
CAPITULO II: Los países y pueblos del tercer mundo constituyen la fuerza principal en la lucha contra el imperialismo, el colonialismo y el hegemonismo	37
CAPITULO III: El segundo mundo es una fuerza unible en la lucha antihegemonista	57
CAPITULO IV: La diferenciación de los tres mundos es una tesis científica marxista sobre la actual situación mundial	69
CAPITULO V: Formar un frente único internacional lo más amplio posible para frustrar el hegemonismo de las superpotencias y su política de guerra	95
Notas	113

Este libro se terminó de imprimir en los
Talleres EDIGRAF S.A. Delgado 834,
Buenos Aires, República Argentina,
En el mes de enero de 1984

La situación política internacional nos muestra grandes conmociones e inestabilidad. Está en pleno curso la crisis económica más profunda del siglo. Las potencias imperialistas en general y las superpotencias en especial libran una feroz lucha tratando de descargarla sobre los países del tercer mundo. Se acrecientan las posibilidades de una nueva guerra mundial y se mantienen focos de guerras locales y parciales.

El presente trabajo expone la llamada Teoría de los Tres Mundos, denominación bajo la cual es conocido el análisis elaborado por Mao Tsetung y hecho suyo por el Partido Comunista de China sobre la situación internacional y sus perspectivas.

Este análisis ha sido confirmado al ser confrontado con los acontecimientos mundiales, sintetiza una rica experiencia y es una contribución imprescindible para la comprensión del mundo actual y su influencia en nuestra patria.